

Karl Medusa

YO ESPIA

KARL MEDUSA

YO, ESPÍA

1.ª EDICIÓN
MAYO 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

I, SPY…

Traducción de:

LUIS CONDE VELEZ

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona

PRÓLOGO



:

El lector tiene derecho a preguntar por qué este libro no ha sido publicado antes, y acaso se interese también por el hecho de que Ricky Drayton, el famoso informador de crimen americano, no lo haya escrito personalmente. Bien, voy a explicar las causas de todo esto.

En primer lugar, Drayton estaba obligado a no hablar acerca de lo que aquí se relata porque las Autoridades habían descubierto, después del incidente, otros indicios referentes a otro circulo de espionaje que operaba en los Estados Unidos. Con sus agentes bien situados en diversas estaciones de Investigación Atómica, y con el fin de poder descubrir y detener a tales delincuentes, se hacía necesario mantenerlos en una ignorancia tan grande como fuese posible. En segundo lugar, yo mismo era en aquellos momentos un agente secreto y no podía hacer absolutamente nada que pudiera identificarme como miembro de las fuerzas del F. B. I. La razón de que ahora me sea posible escribir es que los sospechosos de las restantes estaciones de Investigación Atómica, juntamente con las cuadrillas de granujas que con ellos operaban, han sido descubiertos y aprisionados, y, además, porque ya no pertenezco a las fuerzas de agentes en servicio activo del Tío Sam.

En el curso de mi labor, he detenido más de una bala con el cuerpo, pero la última debe ser la última. La tengo alojada en la espina dorsal, y escribo en estos momentos desde las chirriantes profundidades de una armadura espinal, en cuyo interior descanso en posición supina y que me permite utilizar y mover las manos y muy poco más de mi organismo.

Drayton había escrito ya la historia creyendo que tendría libertad para publicarla en la forma de uno de sus libros mundialmente famosos, mas cuando descubrió que no sería conveniente que lo hiciera, dejó el original en mi caja de seguridad. Cuando llegó la ocasión en que se hizo posible publicarlo, concebí la idea de utilizarlo como notas en que podría basar mi propia historia, pero cuanto más lo he pensado, tanto menos inclinado me he sentido a hacer algo que no sea limitarme a escribir este prólogo.

Me puse en contacto con Ricky para preguntarle si no sería preferible que la diese publicidad él mismo, pero se quejó de que no disponía de tiempo para ocuparse de asuntos antiguos, y comprendí que haría bien ocupándome personalmente en

prepararla para darla a la estampa. He borrado alguna palabra acá o allá, he puesto el punto sobre alguna I y una rayita sobre alguna T, mas la historia sigue siendo esencialmente la de Ricky, y quiero concederle la gloria que con ella pueda alcanzarse.

Estuvo a mi lado en los trabajos que realizamos para la detención de los granujas a que, antes me he referido, y cuando viene a visitarme a la institución en que me hallo y donde pasaré el resto de mis días, repasamos conjuntamente algunos recuerdos, y antes de que haya pasado mucho tiempo comenzaremos a publicar relatos bajo una firma conjunta.

KARL MEDUSA

Nueva Orleans, 1951.

CAPÍTULO PRIMERO

Jan Weislo era un hombre gordinflón, rechoncho, que poseía un quiosco de periódicos de Times Square, Nueva York. Lo conocí cuando me hallaba en la gran ciudad para descansar de mis trabajos de Nueva Orleans.

Jan era afable, poseía un tesoro de consejos referentes a las carreras de caballos, conocía al detalle los últimos escándalos de Broadway y tenía unas opiniones políticas muy exageradas. Aun cuando la ciudadanía americana fuese muy reciente en su familia — tanto, que procedía de la generación anterior a la suya —, levantaba la bandera listada y estrellada con más sinceridad y más entusiasmo que muchos de los ciudadanos cuyos antecesores descendieron con el Mayflower en los días antiguos.

Y fué Jan quien me comunicó las primeras noticias respecto a la desaparición de los diplomáticos. Yo había adquirido el hábito de levantarme tarde y con calma, tomar un desayuno «de cuerpo entero» en el hotel, dirigirme al bar de Flanagan para aliviar con unas copitas el tedio de la mañana, para lo cual pasaba por Times Square y el quiosco de Weislo. No quería que me llevasen a la habitación los periódicos matutinos. Como he dicho, estaba en período de descanso, de vacaciones. Puesto que trabajo para un periódico durante todo el resto del año, no quería estropear aquellos desayunos de vacaciones tomándolos con la vista fija en las dificultades del mundo desplegadas ante mí en las páginas impresas. Y tomé una resolución: nada de periódicos hasta que me hallase a pocos pasos de la casa de Flanagan o tuviera ante mí un vaso de *whisky* que me ayudase a pasar el mal bocado de las noticias desagradables.

***

Era una mañana, gloriosa y los pájaros cantaban o intentaban hacerlo y se negaban a dejarse desanimar por el estrépito enervante de la circulación y por la asfixia de los vapores de la gasolina. Pero el rostro, feo y redondo, de Jan, estaba cubierto de gravedad, cuando me acerqué a su establecimiento. Mientras servía a diversos parroquianos, ojeaba la página delantera del «Herald Tribune», que tenía sobre el mostrador.

—¿Qué sucede, Jan? —pregunté—. ¿Por qué tiene esa expresión tan sombría en una mañana tan hermosa como esta?

Me dirigió una mirada tan reprensiva como si me hubiera sorprendido bebiendo ginebra en una iglesia.

—No es una mañana hermosa —respondió—. Es una mañana asquerosa. Una mañana terrible. ¡Es un miércoles negro para los Estados Unidos!

—¿Qué ha sucedido? —pregunté—. ¿No irá a decirme que nuestros dólares han huido a Paraguay?

—No. Es una cosa mucho más grave. ¡Mire! ¡Véalo usted mismo!

Dió vuelta al periódico que había estado leyendo y lo levantó en alto. Unas letras grandes saltaron de la página para caer contra mis ojos.

> «Documentos diplomáticos desaparecidos en Washington. La F. B. I. realiza investigaciones en toda la nación».

Bajé la mirada hacia las cerradas columnas de tipo más pequeño. Parecía ser que dos oficiales del Departamento de Estado, Frank Connor y Everett Calthorpe, no se habían presentado en Washington el lunes por la mañana, después de sus cortas vacaciones de fin de semana. Puesto que tampoco se presentaron el martes, se iniciaron investigaciones en sus despachos y ficheros.

Importantes documentos relacionados con la política exterior de los Estados Unidos, habían desaparecido. Las comprobaciones que se hicieron en los hogares de los dos hombres, revelaron que ninguno de ellos se había presentado en su residencia después de abandonar el Departamento de Estado el viernes por la noche.

La información continuaba:

> «La posibilidad de que los dos oficiales hayan abandonado, la nación, no ha sido descartada por los «G-men», quienes han solicitado de las autoridades de todos los puertos de Sudamérica y Europa que vigilen para sorprender su posible llegada. Pero se acepta generalmente la creencia de que Connor y Calthorpe se encuentran aún en los Estados Unidos. La F. B. I. acepta para sus trabajos la teoría de que los dos hombres desaparecidos pueden haber intentado ponerse en contacto con agentes de espionaje que trabajen en América o pueden haber sido raptados por ellos.
>
> »Aun cuando ambos hombres residan en Washington desde hace un año, son neoyorquinos. Calthorpe vive con su esposa en un piso de la calle 42. Connor, que es soltero, se aloja en una pensión de Brooklyn cuando se encuentra en la ciudad.
>
> »Un portavoz del Departamento de Estado dijo anoche que si los documentos desaparecidos cayeran en manos enemigas, el hecho tendría las más graves consecuencias imaginables, tanto para los Estados Unidos como para las restantes naciones del Pacto Atlántico».

Devolví el periódico a Jan Weislo.

—Sí, la cuestión parece grave —le dije.

—¡Grave, dice usted! ¡Es terrible! Una de dos: esos hombres son traidores… o han sido secuestrados. En ambos casos, las circunstancias son graves para el Departamento de Estado. La F. B. I. debe de haber estado durmiendo, puesto que ha permitido que se cometa un acto de tal naturaleza.

—Cálmese —le recomendé—. No puede esperarse que la F. B. I. designe uno de sus hombres para cada diplomático que se encuentre en Washington. No hay tantos «G-men» como serían necesarios para hacerlo.

—¡Pero esos hombres no estaban debidamente vigilados! —protestó Jan, en tanto que agitaba las manos con indignación—. ¡Vea lo que dice aquí!

Y me arrojó uno de los periódicos más sensacionalistas. El periódico publicaba una información plagada de entrevistas celebradas con personas conocidas de Connor y Calthorpe, que tendían a demostrar que ninguno de ambos era digno de confianza ilimitada por lo que se refería a sus opiniones políticas. Abandoné la hoja impresa sobre el mostrador.

—No haga caso de esas exageraciones —dije a Jan—. Esa información está hecha para porteras. Cualquiera de esos informadores sensacionalistas sería capaz de pedir que llevasen a usted a la cárcel si pudiera demostrar que en sus días de infancia tuvo unos andadores encarnados.

—¡Pero los oficiales del Departamento de Estado debían estar sobre toda sospecha! —insistió Jan—. Aun este pingajo, como usted llama a los periódicos de este género, no publicaría cosas de tal índole si no tuviera algo en que apoyarse para hacerlo.

No quise discutir más. Lo que hice fué continuar mi camino hacia el bar de Flanagan, donde tomé un vaso doble de *whisky* mientras repasaba la manada de periódicos que había adquirido en el quiosco de Jan. Los periódicos parecían pisar terreno firme con sus informaciones. El asunto parecía destinado a

convertirse en el más sensacional de todo el año.

Al cabo de cinco minutos de lectura, me halló en el mismo estado que si alguien me hubiese golpeado en la cabeza con una vara hecha de tinta de imprenta solidificada, por lo que decidí pedir un nuevo vaso de la misma bebida. Pero no pude ver a Mike, el encargado del mostrador. Mike reapareció al cabo de poco tiempo procedente del cubículo situado a espaldas del mostrador y donde se hallaba instalado el teléfono. El hombre se acercó a mí directamente.

—Señor Drayton —me dijo—. Le llaman al teléfono.

Mike levantó la trampilla del mostrador para que pudiera pasar, y entré en aquella caja de dos pies por cuatro de tamaño, mientras me preguntaba quién podría ser la persona que me llamaba. Recordé que había dejado dicho en el despacho del hotel dónde podrían encontrarme en caso de necesidad, lo que constituía un hábito de mi vida de periodista. Recogí el receptor, y dije:

—¡Diga!

—Señor Drayton —me contestaron—. Hablo desde el despacho del hotel Statler. Hemos recibido en este momento un telegrama para usted.

—Ábralo y léalo —dije al empleado.

Se produjo una pausa. Y el empleado dijo, al fin:

—Procede de Nueva Orleans. Lo firma «Reagan».

Mi corazón saltó. Reagan es mi director, un hombre de cara de perro, un esclavizador, un tirano tan grande como el más grande que pueda haber existido. Ya sabía lo que el telegrama debía de contener, pero de todos modos, dije al empleado:

—Siga. Léalo.

—Dice: «Vacaciones concluidas. Encárguese asunto Connor-Calthorpe. Espero informaciones. Reagan».

Volví a colocar el receptor del teléfono en su cuna. Las vacaciones habían sido buenas… mientras duraron. Salí al lado exterior del mostrador.

Mike se compadeció de mí.

—¿Malas noticias?

—No podrían ser peores —le dije—. Dame otro vaso por amor de Dios.

—Pon dos vasos, Mike.

Una voz tonante sonó junto a mi oído. Me volví en el taburete y vi cerca del mío el semblante de Harry Gosse, antiguo compañero y amigo mío, a quien no había visto desde que trabajamos como corresponsales de guerra.

—¡Harry! —exclamé—. ¿Qué tal te va en la gran ciudad?

—¡Muy mal! —contestó—. Hasta tengo úlceras sobre las úlceras. Fuiste listo, Ricky, cuando decidiste escoger para tu actividad el soñoliento Sur.

—No es siempre tan soñoliento como parece —le dije.

—¿Qué te ha traído a Nueva York? —preguntó Harry, cuando tuvo el *whisky* seguramente alojado en el interior del cuerpo.

Se lo dije.

—Había comenzado a disfrutar unas vacaciones. Pero se han convertido en un trabajo.

—¿Los diplomáticos desaparecidos?

—Has acertado a la primera, Harry. ¿Cómo lo sabes?

Harry rió.

—Porque todos los informadores de los Estados Unidos andan a la caza de esos dos Joes. ¡No es malo el encargo que has recibido, Ricky! Puede llevarte a cualquier parte… A Europa, a Canadá, a Méjico…

—No tengo ganas de practicar el alto turismo —le interrumpí—. Lo único que deseaba era gozar de unas vacaciones tranquilas en Nueva York, ver

algunas representaciones teatrales, reavivar las llamas de algunas amistades antiguas… Y debo abandonar todo esto para reanudar el trabajo. ¿También estás tú metido en esa misma cuestión, Harry? —pregunté, tardíamente.

—Es cierto. Me encuentro en la misma situación que tú —contestó Harry, después de haber pedido unas nuevas bebidas.

—Entonces… facilítame algunos antecedentes, compañero —supliqué—. La primera noticia que he tenido la recibí hace pocos minutos, cuando compré un periódico. Y ahora mismo he recibido un telegrama en el que se me ordena que me encargue de hacer la información correspondiente. ¿Cuál es la situación, Harry?

—Por ahora, estamos en la obscuridad. Me he entrevistado con la señora Calthorpe y con las personas que se alojan en la misma pensión que Connor, pero no he adelantado un solo paso. Ninguno de esos dos hombres parece haber tenido entre sus amigos ninguno que estuviera en contacto con alguna organización de espionaje. Pero los dos han censurado recientemente la política exterior de los Estados Unidos. Todo parece indicar que ambos han desaparecido por voluntad propia.

—¿Qué dirección hemos de seguir? —continué preguntando a Harry.

—No lo sé, Ricky. Creo que vamos a tener que correr de un lado para otro como unos desesperados. Hemos de hablar con todas las personas que conocen a Connor y Calthorpe, de visitar los lugares que ellos frecuentaban. Sin embargo, tenemos una indicación de cierta importancia. Los periódicos publicarán las informaciones en su edición de la tarde. El propietario del garaje de Brooklyn en que Connor guardaba su automóvil, dice que el sábado Connor y otro hombre cuya descripción física coincide con la de Calthorpe fueron en busca del automóvil, le llenaron de gasolina el depósito y se marcharon.

—Eso ya es algo —comenté—. Pero querría saber a dónde se dirigieron.

***

Y precisamente en aquel momento, Mike dijo a Harry que su redacción estaba en comunicación con el teléfono del bar y que su director quería hablar con él. Harry se agachó para pasar por la abertura del mostrador y regresó al cabo de pocos momentos.

—No sé por qué he de decírtelo —dijo—, pero en vista de que estás en el limbo, creo que no hay razones que se opongan a que te ayude en nombre de una antigua amistad. Me han llamado de la redacción para comunicarme que el dueño de un hotel de Vermont ha manifestado que Connor y Calthorpe pasaron la noche última en su casa. Los ha reconocido por las fotografías que publican los periódicos. Voy a ir allí ahora mismo para comprobarlo. ¿Quieres que te lleve en mi automóvil?

—No, muchas gracias —contesté—. Tengo un automóvil de alquiler en el hotel. Iré en él. Gracias por el aviso, Harry. Haré lo mismo por ti cuando se presente la ocasión.

—No vale la pena —dijo.

Terminamos el contenido de nuestros vasos. Salimos del bar. Harry se dirigió a su redacción. Detuve un taxi y dije al conductor que me llevase al hotel Statler, donde recogí mi automóvil, un vehículo descapotable de gran potencia, y me lancé a correr por la carretera que llevaba a New England.

CAPÍTULO II

Llegué a Vermont a media tarde. Cuando me acercaba a la población, hallé en la carretera una larga procesión de automóviles que llevaban pegada una indicación: Prensa. Harry tenía razón. Los periodistas estaban seguros de que las manifestaciones del dueño del hotel eran de gran importancia.

La entrada al conjunto de edificaciones que componían el establecimiento, estaba enmarcada por una cerca de madera semejante a la cerca de un rancho para señores de la ciudad. Tenía varios carteles en los que podía leerse: «Estación de descanso. Cabinas, tres dólares. Gasolina. Servicio. Repuestos». La calzada llevaba a un edificio bajo, de madera, a cuyos lados había unas largas hileras de chalets y un terreno destinado al estacionamiento de vehículos. Aparte de los periodistas y de un grupo de policías, no había mucha gente en los alrededores. Me dirigí al más grande de los edificios, detuve el automóvil y salté a tierra. Reconocí a muchos compañeros y rivales míos entre los presentes que se hallaban sentados en las escaleras o se apoyaban en las paredes con esa especie de tensa paciencia que los reporteros saben adquirir.

—¿Qué hay de nuevo? —pregunté al grupo sin dirigirme a nadie en particular.

Un informador de cabello rojizo me respondió:

—El propietario de estas casas, un hombre llamado Ebenezer Prendergast, si quieres creerme, está ahora en el interior. Marvin Jason lo está atormentando a preguntas.

—¿Quién es Marvin Jason? —pregunté.

—Personalmente —dijo el periodista del cabello rojizo—, yo lo llamaría un verdugo. Pero en realidad pertenece al F. B. I. Ese Jason parece un personaje importante. Llegó un momento antes que nosotros y se encerró con ese pobre Prendergast. Dice que nos ofrecerá informes cuando haya terminado de interrogarlo.

Un hombre salió de la casa al pórtico en aquel momento. Yo lo habría llamado un hombre gris. Su traje era gris, su camisa era gris y su corbata y el pañuelo del bolsillo alto de la chaqueta eran grises. Su cabello, ya muy claro y peinado hacia atrás, era de un color gris, de hierro. Y sus ojos eran grises, fríos, duros. Hasta la piel de su rostro parecía gris, no con ese color gris que es propio de la mala salud, sino con la grasura del hombre que vive intensamente pero que no ve mucho la luz del sol. Tenía el rostro cuadrado, de facciones duras, y un cigarro sin encender se movía rítmicamente en la comisura de sus labios al compás de sus potentes mandíbulas.

—Oiga, Jason… —dijo uno de los periodistas—: ¿Cuál es la historia?

Jason no contestó en el acto. Encendió una cerilla y la acercó al cigarro. Cuando el extremo de éste resplandecía, habló.

—Connor y Calthorpe se alojaron aquí la noche pasada, es cierto —dijo—. No hay dudas respecto a este extremo. Llegaron en el automóvil de Connor, un «Buick» negro con este número de matrícula: «N. Y.47902». Llegaron anoche, alrededor de las diez y media, entraron en la casa principal, en aquélla, para cenar, volvieron a su chalet y se marcharon poco después del amanecer. Eso es todo.

—¿Podríamos entrevistarnos con Prendergast? —dijo el periodista principiante del cabello rojizo.

—Si lo desean ustedes, sí —respondió con acritud Jason—. Pero no podrán averiguar nada más. Eso es todo lo que sabe.

—¿Los vió alguien partir? —preguntó—. ¿Qué dirección tomaron?

Jason contestó:

—Prendergast los vió ponerse en marcha. Se dirigieron hacia el Norte. Hacia el Canadá.

—¿Cree usted que pueden haber cruzado la frontera? —preguntó Harry Gosse.

—Es una posibilidad que debe ser tenida en cuenta.

Jason hablaba con cansado aburrimiento, como un hombre que supiera que el contestar a las preguntas de los reporteros formaba parte de su trabajo y quisiera que no fuese así. Por la razón que fuese, en aquellos momentos me encontré más interesado por el propio Jason que por los diplomáticos desaparecidos. Calculé que debía de tener alrededor de cuarenta y siete años. Era una edad demasiado avanzada para un «G-man» que se hallase todavía trabajando en el campo de las investigaciones. Cuando cumplen los cuarenta años, el F. B. I. los coloca por regla general en una oficina cómoda para que saquen brillo a las sillas. Los muchachos que se hallan en trabajos activos son siempre más jóvenes que Marvin Jason. Sin embargo, él era el único representante del F. B. I. que se hallaba presente en aquel lugar. Y era extraño.

***

Después, Prendergast salió al pórtico y se situó junto al hombre del F. B. I. Los muchachos de la prensa lo bombardearon a preguntas…, todas del mismo género: ¿Qué habían cenado los dos fugitivos?, o cosas por el estilo. Es lo que suelen hacer los reporteros cuando no encuentran cosas más interesantes que ofrecer a sus lectores. Yo desprecié todas aquellas cosas, me encogí de hombros con indiferencia y me dirigí en busca de mi descapotable, al que di vuelta y puse en marcha con dirección norte. El camino seguido por los diplomáticos no ofrecía muchas probabilidades de éxito para mí; pero soy hombre que prefiere entregarse a la acción antes que permanecer parado y haciendo preguntas tontas a diestro y siniestro.

Habría recorrido unas dos millas cuando llegué a un punto en que la carretera se bifurcaba; uno de sus ramales cruzaba unos terrenos sembrados; el otro, se perdía entre la sombra verde de un bosque. Un viejo que tenía una pelusa blanca a modo de patillas estaba haciendo una reparación en el camino. Detuve el automóvil y salté a tierra.

—¡Hola, amigo! —dije por todo saludo.

—¡Hola, hijo! —respondió el viejo con un chirriante acento de Nueva Inglaterra.

—¿Está usted aquí desde hace mucho tiempo? —pregunté.

—Toda mi vida.

—No es eso precisamente lo que quiero decir —le expliqué—. ¿Hace mucho tiempo que comenzó usted a hacer la reparación de este borde de la carretera?

—Estoy aquí desde la salida del sol —dijo.

—¡Bien! ¿Vió pasar por aquí esta mañana un automóvil negro, marca «Buick», con placa de matrícula de Nueva York?

El obrero se rascó con un pulgar nudoso los matojos de pelo que tenía en la barbilla.

—No sé nada de «Buicks» —dijo al cabo de unos momentos—. Todos los automóviles me parecen iguales. Pero está mañana, temprano, llegó uno negro. Me fijé un poco en él porque estuvo a punto de matar un conejo que estaba en la carretera. Comenzó a bajar la pendiente y tomó la dirección del bosque. Volví a verlo cuando fui a casa para almorzar. No había nadie cerca de él en aquellos momentos.

Le di gracias, subí de nuevo a mi descapotable, lo volví para seguir el ramal

izquierdo de la carretera y corrí en dirección al bosque. A media milla de la carretera principal había un camino polvoriento que conducía a un claro de la arboleda. Y al final de dicho claro, bajo la sombra de los árboles estaba un automóvil negro. Detuve el mío; vi que otro nuevo vehículo, un *roadster* verde, se hallaba a un centenar de yardas de distancia; me apeé y seguí el camino a pie.

Cuando me hube aproximado más, pude observar que el automóvil negro era un «Buick» y que tenía el número de matrícula que Jason nos había indicado… Experimenté una vaga impresión de temeroso malestar y me acerqué más. Entonces, vi que el «Buick» no estaba vacío. Recibí la impresión de que veía de modo fugitivo un rostro blanco, enmarcado por una cabellera obscura, en el que se marcaba el color rojo de una boca. Luego, la puerta que estaba más lejos de mí se abrió y la figura de una mujer se introdujo con rapidez entre la sombra de los árboles. Corrí tras ella y pedí a voces que se detuviera. Pero me llevaba una buena delantera. Cuando hube llegado al borde del claro, no pude ver ya a la mujer; sólo podía oír el ruido que movía al correr sobre la reseca vegetación. Dejándome guiar únicamente por el ruido, me lancé al interior de la espesura. De vez en cuando, veía de modo fugaz el rojo color encendido de su blusa entre los árboles. Pero la distancia que nos separaba era la misma que inicialmente. Repentinamente, el dosel de las ramas de los árboles pareció abrirse y me mostró un espacio de cielo azul. Entonces observé que me hallaba de nuevo en la carretera y a corta distancia de mi descapotable. La dama me había hecho trazar un semicírculo en mi carrera. Y cuando estaba mirando a mi alrededor, el *roadster* verde cobró vida y se lanzó a todo correr hacia la carretera principal.

Salté, más que corrí, en dirección a mi automóvil y desperté el motor para correr tras la mujer. La carretera recorría una larga distancia entre el bosque y, cuando la arboleda se hizo más espesa, hasta el punto de que las ramas de los árboles se unían sobre mi cabeza, la obscuridad fué tan grande que me vi forzado a encender los faros.

Aquella dama no se hallaba en estado de ánimo propicio a detenerse para conversar; y logró que el *roadster* corriese a una velocidad mucho mayor de lo que yo habría creído posible. Lo único que pude conseguir fué que la distancia que nos separaba no se ensanchase. Repentinamente y sin señales previas de ningún género, la mujer viró hacia la izquierda y comenzó a seguir un nuevo y sucio camino que llevaba a la negrura del corazón del bosque. La seguí, saltando y traqueteando sobre las huellas de carros marcadas en el embarrado camino. Las ramas bajas de los árboles latigueaban contra el parabrisas de mi vehículo. Los conejos cruzaban asustadamente el camino a saltos o permanecían sentados sobre las patas traseras, como hipnotizados por las brillantes luces de los faros, para correr hacia la seguridad de la vegetación en los últimos momentos. Un búho se deslizó a baja altura sobre mi cabeza. Me sorprendió lo absurdo de la situación: me encontraba corriendo tras Blancanieves en la cerrazón del bosque, como si jugase con una dama desconocida, en tanto que Connor y Calthorpe debían de hallarse en las proximidades de la frontera.

Pero no era ocasión de entregarse a pensamientos filosóficos, como pude comprobar cuando puse toda la atención en el camino que se abría ante mí, precisamente en el momento en que me veía forzado a girar con violencia para rehuir el encuentro contra un árbol derribado que estaba tendido sobre mi ruta. El *roadster* verde continuaba corriendo; la dama que lo conducía parecía conocer bien el camino y saber a dónde se dirigía. No vacilaba ciertamente ni aminoraba la velocidad de la marcha para inspeccionar el terreno que tenía

delante; se limitaba a correr, a rasgar el espeso muro de sombras que se marcaba delante del vehículo. O conocía muy bien el camino, o era una mujer que poseía un valor extraordinario.

Súbitamente, me encontré de nuevo en la carretera principal; y el *roadster* verde volaba ante mí. El terreno recorrido a través del bosque me había llevado hasta más allá de un ancho recodo y, por lo que pude observar después de haber hecho un esfuerzo para despertar mi sentido de la orientación, nos dirigíamos hacia el sudoeste, aproximadamente. Unos minutos más tarde, estuve seguro de que así era, cuando corrimos sobre una extensión de carretera que trazaba una curva al pie de una elevación. Allá, abajo, en una carretera casi paralela a la nuestra, vi un desfile de luces de automóviles que indicaba que Mervyn Jason y los señores de la prensa tomaban la dirección del Norte, la misma que habían seguido Connor y Calthorpe. Acaso encontrasen el automóvil que se hallaba detenido en el bosque. A dónde podrían ir desde allí, era cosa que no podía adivinar; pero pensé que sería necesario disponer de un explorador indio para seguir las huellas de la dama misteriosa y las mías a través del bosque hasta llegar a la carretera, a nuestros autos y de nuevo a la carretera. Me pregunté si la mujer me habría obligado a hacer tal recorrido con el deliberado propósito de inutilizar cualquier intento de persecución.

La obscuridad se había intensificado y la dama apagó la luz posterior de su automóvil. Por esta causa me encontré en una situación en que nada podía perseguir, sino era la vaga forma de su *roadster*, que se marcaba de modo confuso entre la obscuridad, y el rugido de su motor. Yo tenía el pie en contacto con el suelo de mi descapotable al oprimir el acelerador para arrancarle la mayor velocidad que fuese posible; pero la distancia que me separaba de la dama seguía siendo la misma que inicialmente: unas trescientas o cuatrocientas yardas. Recibí la impresión de que me hallaba sentado en un automóvil estacionario, en tanto que los muros inclinados de algún túnel fantástico pasaban velozmente a mis lados. De vez en cuando, algún otro automóvil se presentaba ante mi vista; pero desaparecía antes de que pudiera llegar a darme cuenta de que estaba allí.

Según pensé, el *roadster* y el descapotable eran igualmente rápidos… y la dama que marchaba delante de mí no era indocta en el arte de conducir. Pero la experiencia me dijo que se cansaría antes que yo. El correr a gran velocidad por larga distancia no era cosa propia de una mujer. Al cabo de poco tiempo, sus músculos comenzarían a cansarse, los reflejos se producirían con más lentitud; y yo estaba seguro de que mis nervios resistirían la tensión durante más tiempo que los suyos. Hasta que tal momento llegase, lo único que podía hacer era continuar siguiendo su camino a velocidad sostenida y esperar a que se produjese lo inevitable.

La carretera comenzaba a retorcerse como la tralla de un látigo, y a través del muro de obscuridad que se abría ante mis faros pude observar las primeras señales de debilitamiento del automóvil que corría ante el mío. La dama tomaba las curvas demasiado abiertas, necesitaba una fracción de segundo más de lo debido para recobrar la recta. Oí varias veces el chirrido de sus frenos y hasta percibí un olor a quemado de las cubiertas en las ocasiones en que tomaba un recodo demasiado cerrado. Cuando llegamos de nuevo a una recta del camino, la distancia que nos separaba se había acortado un centenar de yardas. Lo observé con gran satisfacción. Los riesgos que yo había corrido al tomar las vueltas a plena velocidad, en la confianza de que mi descapotable me ofrecía seguridad de no volcar o salirse del camino, me habían producido una buena recompensa.

Seguía una milla de recorrido a lo largo de una recta. No servía de nada en

aquel lugar el saber conducir bien. La dama y yo corrimos uno tras otro como dos proyectiles disparados por la misma arma. Luego, se presentó otra vuelta en ángulo recto. Las torturadas cubiertas pidieron una vez más clemencia, y la dama se encontró al otro lado de la vuelta entre una lluvia de piedrecitas. Tomé el mismo recodo sobre dos ruedas tan sólo; pero cuando lo hube cubierto, el *roadster* se había perdido de vista tras el recodo inmediato. Corrí tras ella; mas la carretera que se abría ante mí estaba vacía.

Comprendí repentinamente que la dama se habría introducido en algún camino secundario y oculto después de la primera de las dos vueltas para que yo pasase ante ella a gran velocidad. Reduje la violencia de mi ardiente motor hasta reducir la velocidad a unas cincuenta millas, y miré con el objeto de descubrir en la carretera un lugar conveniente para volver hacia atrás. Y precisamente en aquel momento brillaron detrás de mí dos potentes faros cuya luz se reflejó en el cristal del parabrisas e hizo que la carretera me pareciese tan obscura como un pozo del infierno. En el espejo de retrovisión pude ver que el *roadster* verde corría hacia mí, carretera abajo, como un relámpago de luz verde. Intenté recuperar la perdida velocidad de la marcha; pero era demasiado tarde. El otro automóvil se encontraba al lado del mío, y por segunda vez en el mismo día pude percibir fugitivamente un rostro tenso, un rostro blanco, una cabellera negra, desplegada al viento, como las crenchas de una doncella, y una boca vivida, roja, entreabierta por una sonrisa de triunfo. Fué sólo una visión momentánea. Luego, hube de concentrar toda mi atención en la carretera cuando comprendí que el proyecto de la dama era desconcertarme y hacer que los nervios me dominasen.

Los parachoques de los dos automóviles iban al mismo nivel; después, el *roadster* arrancó una ventaja al mío por efecto de la velocidad adquirida inicialmente. El sombrerito de la dama ya no señalaba rectamente en dirección a la blanca carretera, sino que se hallaba en ángulo recto con ella. Aun cuando intenté salir de arrinconamiento a que la dama me condenaba hube de ceder; aquella mujer sabía conducir un automóvil. Se me había adelantado una distancia igual a media longitud de un automóvil y corría a toda marcha. Se produjo el ruido horrible de un choque de metal contra metal; la rueda de conducción se movió bajo mis manos como una cosa viva; una cerca de madera y una hilera de árboles relampaguearon ante mis ojos a ofuscadora velocidad. Aunque oprimí con fuerza la palanca de los frenos, un seto de espino que parecía una masa, sólida, semejó saltar de la obscuridad contra mí. Se produjo una conmoción violenta, y el descapotable quedó quieto, medio enterrado en el seto. Y el automóvil verde devoraba la distancia sobre la carretera de Nueva York.

Antes de que agitase la cola en lo alto de una pendiente para desaparecer, acerté a descifrar su número y a grabármelo en la memoria. Aquel automóvil estaba matriculado en Nueva York.

CAPÍTULO III

Salí doloridamente del malparado descapotable. Una mirada al abollado radiador y a una de las ruedas delanteras, que se había desprendido del cuerpo del vehículo, me dijo que solamente un camión de reparaciones podría poner de nuevo mi descapotable sobre la carretera. Un búho ayeó burlonamente en un lugar impreciso. Comencé a llamarme tonto y loco de muchos modos diferentes. Allá me encontraba, en una carretera solitaria, a mitad de camino entre el lugar en que Connor y Calthorpe abandonaron su automóvil y Nueva York, adonde se dirigía la misteriosa dama del *roadster* verde. Y no parecía haber muchas probabilidades de que me fuese posible llegar a alguno de dichos lugares antes del amanecer.

Sin embargo, supuse que algún vehículo habría de utilizar aquella carretera tan olvidada de Dios. Por esta causa comencé a caminar con dirección a Nueva York, con los sentidos alerta para impedir que pudiera acercarse algún automóvil sin que yo lo advirtiese a tiempo. Era una típica noche de Nueva Inglaterra, fresca, clara. La luna navegaba a gran altura entre vellones de nubes, como un barco de vela por mares de niebla. Pero no me hallaba en el estado de ánimo adecuado para disfrutar las bellezas de la noche. Después de media hora de camino, me pareció odioso el espectáculo de la luna y de los campos plateados; y también me lo parecieron el canto y el vuelo y el deslizarse de las aves y los animalitos nocturnos de tierra. Estaba harto de Naturaleza y anhelaba la visión de las luces de Manhattan.

Luego, detrás de mí, creí que sonaba el zumbido de un lejano motor. El sonido creció con rapidez y, al mirar atrás, pude ver la claridad de unos faros que apuñalaban la obscuridad. Me dirigí a la altura de la carretera y esperé. Cuando el vehículo se acercó más, pude comprender por el sordo zumbido del motor que era un camión pesado. El camión giró al llegar al recodo y me envolvió en el resplandor de sus faros. Levanté los brazos y los agité sobre la cabeza para indicar al conductor del camión que se detuviera. Sonó un chirrido de frenos, y me retire al lado de la carretera mientras el vehículo se detenía en el mismo punto en que me hallaba un instante antes. El conductor se asomó a la ventanilla de la cabina. Llevaba una gorra azul de tela y una chaquetilla de cuero. Tenía un semblante casi cuadrado, duro, marcado por el sueño y por largas horas de trabajo tras la rueda de conducción. Cuando habló, vi que su voz se hacía ronca por efecto del cansancio.

—¿Qué sucede, amigo? —me preguntó.

—¿Ha visto usted un automóvil descapotable y destrozado un par de millas más atrás? —pregunté a mi vez.

—Lo he visto—contestó—. ¿Es de usted aquella chatarra, amigo?

Afirmé con un movimiento de cabeza.

—¿Por qué no me lleva con usted a Nueva York…, si va allí? —pregunté.

El conductor se pasó una mano manchada de grasa por el cabello y se marcó en la frente unas rayas de suciedad.

—Ese camino llevo —dijo—. Pero la compañía nos prohíbe llevar pasajeros.

Protesté:

—¡Por amor de Dios, amigo! ¿Habré de regresar andando a Nueva York?

—Es una costumbre de la compañía —repitió—. Nos lo tiene prohibido. Me despedirían si tomase un pasajero.

Me llevé cansadamente una mano al bolsillo del pantalón y extraje un billete de diez dólares del manojo que llevaba.

—No sería culpa de usted… Nadie podría censurarle si yo me subiese a la trasera del camión mientras usted se detuviese para tornar una taza de café —

sugerí.
El conductor estiró un brazo, y el billete de diez dólares desapareció entre sus dedos voraces y grasientos.
—Es cierto —dijo—. No sería culpa mía…
La mano y la cabeza se retiraron; el camión se puso en marcha. Cuando pasó con lentitud a mi lado, me agarré al tablero posterior y me introduje entre les colgantes de lona hacia el obscuro interior. Caí sobre un montón de cajas húmedas y pegajosas. El interior del camión tenía un potente olor a pescado. No iba a ser un viaje muy cómodo el mío. Había escogido un camión de transporte de pescados. Decididamente, aquélla no era una noche afortunada para mí.
No había lugar para sentarse, no siendo sobre las cajas de pescado, y me vi forzado a resignarme a hacerlo en tanto que confiaba mentalmente la limpieza de mi traje a los tintoreros de Nueva York. Entre la excitación provocada por la persecución, por el choque contra el seto, el agitado correr del camión y el olor a pescado comencé a sentirme un poco desalentado, sentimiento que se acrecentó al pensar que no había sido capaz de cumplir la misión que mi director me había asignado.
Con el propósito de cobrar ánimos — y también con el fin de anular el mal olor — saqué un cigarrillo, un «Camel», y me lo llevé a la boca. Mi encendedor no funcionó la primera vez, ni la segunda, ni la tercera; pero al fin, después de hurgar la mecha y de apretar el tornillo de la piedra, logré persuadirlo a que produjera una llamita. Cuando hube aspirado la primera confortante bocanada de humo, observé el interior del vehículo a la luz oscilante de mi encendedor. Estaba totalmente atestado de cajas de pescado. Sus agudos cantos trazaban un dibujo cubista en la débil claridad de la mecha. Con excepción del rincón más lejano. Allí había un bulto que no se componía de líneas rectas. Al principio, parecía un montón de sacos. Luego, cuando mis ojos se acostumbraron a la corta y confusa claridad, comprendí que estaba formado por dos hombres. En la mano de uno de ellos observé que había el duro reflejo de una pistola. Y lo vi en el preciso instante en que la llama se consumía por falta de combustible.
—Estáte muy quieto, hermano —dijo alguien con voz áspera, alguien que se hallaba entre la obscuridad, que parecía doblemente intensa que antes—. Estás de espaldas a la luz.
Intenté desesperadamente penetrase la obscuridad con la mirada para ver los rostros de los dos hombres. Dos hombres. ¿Podrían ser Connor y Calthorpe que regresasen escondidamente a Nueva York? Podría suceder que mi suerte hubiera cambiado y que me hubiera sido posible topar con ellos. Con acalorada imaginación, intenté reconstruir lo que podría haberles sucedido. Habían abandonado el hotel aquella mañana y tomado la dirección de la frontera canadiense con la finalidad de formar una pista falsa. Habían ocultado su automóvil en el claro del bosque, en espera de recibir instrucciones. La dama a quien yo había seguido, era su enlace. Acaso hubiera estado hablando con ellos un momento antes de mi llegada. La dama habría tomado en su poder lo que ellos le entregasen y los habría dejado en lugar escondido del bosque hasta que pasase el primer camión, según estaría convenido. Había una cosa que no encajaba bien en tal teoría: si el conductor del camión sabía quiénes eran aquellos hombres, no habría permitido que un desconocido subiese al vehículo a cambio de diez dólares. Y esto dejaba la puerta abierta a dos posibilidades: o el conductor del camión sabía que llevaba dos hombres consigo, pero no sabía quiénes eran, o los dos hombres se habían introducido de modo subrepticio en el camión después de haber sido informados por la dama de dónde y en qué momento lo encontrarían sin vigilancia.

Entretanto, decidí hacerme el tonto en mi actitud respecto a aquellos dos hombres hasta que llegase el momento en que nos encontrásemos en igualdad de condiciones. En aquel instante, eran dos contra uno solo; y uno de ellos, por lo menos, estaba armado. Y supe por el tono de su voz que no vacilaría para obrar con su pistola contra mí en el caso de que no me condujese de modo satisfactorio para ellos. Y por esta causa, dije:

—Tomadlo con calma, compañeros. He subido solamente para no tener que recorrer el camino a pie. No me importa lo que ustedes puedan estar haciendo aquí.

Y lo dije de modo que mi voz sonase con un temblor de miedo, como podría haberlo dicho un pobretón que no tuviera ganas de complicarse la vida ni de disgustos.

—Más vale que sea así —dijo el otro hombre, con voz aguda y preñada de amenaza.

Querría haber podido verles el rostro. Recordaba las facciones de Connor y Calthorpe. Las había visto reproducidas en los retratos que publicaban los periódicos. Connor tenía el rostro redondo, cabello negro y brillante, ojos redondos, boca pequeña, orejas que semejaban las asas de un jarro, nariz aplastada y cejas muy pobladas y obscuras que se unían en el centro. Y Calthorpe era de rostro largo, dientes salientes y nariz grande, que le producía la expresión de un caballo melancólico, cabello claro, ojos pálidos y barbilla cuadrada. Pero por lo poco que me fué posible ver en la obscuridad del camión, cada uno de aquellos hombres podría haber tenido dos cabezas, y no por ello me habría encontrado más cerca de su identificación.

Me retiré el cigarrillo de la boca y lo aplasté contra el costado de una de las cajas de modo que aquellos hombres no pudieran verlo. Luego, me lo llevé de nuevo a la boca y me lamenté de que se hubiera apagado. Oprimí de nuevo el botón que servía para abrir mi encendedor con la esperanza de que produjese una llamita que me permitiera ver los rostros de mis compañeros de viaje. Pero las chispas que brotaron de la piedra no sirvieron para prender fuego a la seca mecha.

—¿Tendrá fuego alguno de ustedes amigos? —pregunté.

—No.

Esta fué la breve respuesta que obtuve.

—Creo que me veré forzado a renunciar a mi deseo de fumar —dije.

Y arrojé al suelo la punta del cigarrillo.

En aquel instante, la velocidad del camión se redujo repentinamente, de modo que estuve a punto de resultar despedido de mi resbaladizo asiento. Se detuvo por completo, y entonces llegó hasta mi la voz del conductor, que dijo con acento de lamentación:

—¿Qué quiere usted, señor? ¿Qué hace usted ahí, en medio de la carretera? ¿Quiere dejarme pasar? Ya llevo retraso…

La réplica se produjo con perfecta claridad:

—Pertenezco al F. B. I. Necesito registrar este camión.

CAPÍTULO IV

La respuesta del conductor fué pronunciada en voz baja; no me fué posible entender sus palabras. Pero al mismo tiempo, se produjo un sonido furtivo en el interior del vehículo y comprendí que alguien se acercaba. Un segundo más tarde, percibí la presión de una pistola sobre mi costado.

—No abras la boca, hermano —dijo alguien con voz sibilante junto a mi oído.

Y entonces oí que se acercaban los pasos del «G-man», a los que seguían los del conductor.

—Hay un hombre en el interior —estaba, diciendo el conductor—. Lo recogí en la carretera, unas diez millas más atrás. Sé que está prohibido, señor, pero, ¿qué podría haber hecho? No podía dejarlo que fuese andando hasta Nueva York, ¿verdad?

—¡Cállese! —replicó el «G-man». La lona que cerraba el vehículo en su parte posterior fué retirada a un lado y el haz de luz de una potente linterna rasgó las tinieblas del interior. En aquel momento, una forma obscura saltó desde la plataforma para caer sobre el «G-man» y derribarlo con su linterna sobre el cemento.

Constituye el error más grande de este mundo el amenazar a un hombre apoyándole la boca de una pistola en las costillas. Todo lo que se ha de hacer para librarse de la amenaza es volverse con rapidez y golpear el arma. El pistolero prudente quédase a respetable distancia de su presa. Pero aquel hombre que estaba detrás de mí no era lo suficientemente listo ni prudente para seguir esta norma. Me volví con rapidez de cara a él al mismo tiempo que con el codo desviaba el arma durante un segundo. Este tiempo fué suficiente para mí. Lo agarré por la muñeca de la mano con que sostenía la pistola. Salté tras él cuando comenzaba a ponerse en pie, y lo hice caer cara arriba. Los dos rodamos juntos por la dura carretera en una batalla por apoderarnos del arma. Cerca de mí, el «G-man» estaba tumbado de espaldas, con el otro hombre sobre él, y con el cuello bajo la presión de los dedos de su enemigo. Me absorbía demasiado la lucha contra mi oponente para que pudiera poner atención en lo que el conductor del camión hiciera o en el partido que pudiera tomar. Pero, indudablemente, tomaba su partido propio. Y así lo comprendí al oír que el zumbido del motor sonaba de nuevo.

En aquellos momentos, ya había logrado que mi oponente doblase la cabeza. Y los dos nos dirigíamos golpes cortos al cuerpo y que no producían mucho efecto debido a la circunstancia de que los dos continuábamos rodando por la carretera. Luego, levanté un codo con fuerza contra la barbilla de mi enemigo y, cuando se volvió hacia atrás momentáneamente, di una vuelta y me puse en pie por medio de un salto. Vi con el rabillo del ojo que el otro hombre recogía de la carretera la linterna del «G-man» y la levantaba en alto. Oí el ruido que produjo el golpe que descargó en la cabeza del «G-man» al mismo tiempo, que unas manos me agarraban de los tobillos, tiraban de ellos y parecían arrebatármelos. El camión se puso en marcha. El hombre que había derribado al «G-man» corrió tras él y creo que logró alcanzarlo y saltar a su interior.

Pero yo tenía apoyada la espalda en el duro cemento de la carretera y mi enemigo había apoyado las rodillas en mis brazos, con lo que me inmovilizaba. Tuve que aceptar un par de buenos golpes en la mandíbula antes de que me fuese posible doblar la espalda y arrojar de mi a aquel enconado luchador. Cayó de rodillas y se levantó antes que yo. Cuando me lancé contra él vi — demasiado tarde — que había recobrado la pistola. La culata del arma describió

un semicírculo y provocó un arco compuesto de estrellas de muchos colores en mi cerebro. Cuando la negra superficie de la carretera se acercó a mí, pude ver que el hombre corría tras su compañero y subía también al camión, que se había detenido.

***

La mansa lluvia que caía sobre mi nuca fué lo que me despertó. Levanté el rostro del cemento y lo volví con cautela. Todo lo que tenía en el interior de la cabeza parecía estar golpeteándose y produciendo ruidos, como un saco lleno de bolitas de piedra, y la tentación de volver a apoyarla en la dureza del suelo y de dormir era demasiado fuerte.

No obstante, logré anularla y me senté. A mi lado, el «G-man» se hallaba también sentado en la carretera, y también se llevaba ambas manos a la cabeza.

—¿Vió usted las caras a esos hombres? —me preguntó.

Comencé a mover la cabeza; me pareció que era una cosa dolorosa, y decidí responder con palabras.

—No. La obscuridad era muy grande. ¿Los vió usted?

—Tampoco. ¡Maldición!

—¿Cree usted que son Connor y Calthorpe?

El «G-man» se encogió de hombros y se levantó.

—Podrían ser —dijo—. Querría saber la dirección que ha tomado el camión.

Miramos a lo largo de la carretera, y los dos vimos al mismo tiempo un cuerpo que estaba despatarrado sobre



¿Qué es esto? — preguntó ella detrás de mí.

la blanca línea divisoria central. Corrimos hacia él y el «G-man» lo volvió. Aquel hombre era el conductor del camión.

—¿Muerto? —pregunté.

—No. Todavía respira. Observe que tiene las ropas tan destrozadas como si lo hubieran arrojado del camión cuando se hallaba en marcha. ¿Quiere hacerme el favor de ayudarme a trasladarlo a mi auto?

Cogí al conductor de los hombros y el «G-man» lo asió de los pies. Lo transportamos hacia donde se hallaba un sedán negro, al borde de la carretera. Cuando lo hubimos instalado en su interior, pregunté:

—Supongo que querrá usted saber qué relación hay entre mí y lo sucedido, ¿verdad?

—Creo que lo sé —respondió el «G-man». No parecía interesarle mucho aquella cuestión—. Usted subió al camión, y esos dos hombres se hallaban ya

en su interior. Le amenazaron con una pistola. ¿Es cierto?

—Sí: eso es lo sucedido.

El «G-man» tomó asiento tras el volante.

—Muchas gracias por su intervención en la pelea —dijo—. Es una lástima que no hayamos resultado vencedores. ¿Quiere que lo lleve a la ciudad?

Entré en el vehículo por la otra portezuela y el automóvil se puso en marcha.

—Tan pronto como encontremos un teléfono, transmitiré una descripción de ese camión —dijo mi acompañante—, no será difícil identificarlo o seguir su pista. ¿Tiene usted un cigarrillo?

—Sí —respondí—. ¿Tiene usted cerillas?

—Si.

—Hagamos un cambio —dije de modo festivo—. Si el encendedor no me hubiera fallado en el momento preciso, habría podido ver los rostros de esos dos hombres.

—Es una lástima —dijo mi acompañante, de modo lacónico, al mismo tiempo que me entregaba un sobrecito de cerillas.

Le puse un cigarrillo en la boca y coloqué otro en la mía. Mientras acercaba la cerilla a la punta del cigarrillo, entre las manos dobladas en forma de escudo, observé su rostro. Era un rostro afilado, con patillas cortas y bien recortadas y un bigote fino. Aparte del golpe amoratado que tenía sobre una sién, aquel rostro estaba inmaculado, limpio. El hombre no respondía a mi concepto de los «G-men» desde el punto de vista físico: mas creo que el F. B. I. los admite de todas formas y tamaños. Encendí mi cigarrillo y luego apagué la cerilla con una nube de humo.

—Aquí podremos hacerlo —dijo.

Ante nosotros parpadeaba una inscripción con letras de neón: «Parador de Joe. Abierto toda la noche. Buenas comidas». El «G-man» frenó al borde del camino y se volvió para mirarme.

—¿Le agradaría tomar una taza de café? —me preguntó.

—¡Claro que sí! —contesté.

—A mí también. Vamos a tomar algo en tanto que telefoneo.

Descendimos del automóvil y nos dirigimos al edificio, que estaba completamente desierto, no siendo por la presencia de un Joe de aspecto cansado que se hallaba sentado en una silla, con los pies sobre una mesa y leyendo una de esas publicaciones dedicadas a relatar crímenes espeluznantes. Levantó la mirada e inclinó la cabeza para saludarnos al vernos entrar.

—¿En qué puedo servirles, amigos? —nos preguntó.

—Java. Fuerte y caliente —dije—. Y un bocadillo para mí. ¿Qué uniere usted, señor…?

—Me llamo Dixon —dijo el «G-man»—. Sí, quiero tomar un bocadillo. De tocino con mucha mostaza.

El camarero se situó detrás del mostrador y nos dirigió una larga mirada al mismo tiempo que se acercaba.

—¿Han tenido ustedes una pelea? —nos preguntó.

—Métase en sus cosas y no se cuide de los demás —replicó secamente Dixon —. ¿Tienen ustedes teléfono?

El camarero señaló con un dedo estirado una puerta que tenía un letrero: «Lavabo».

—Por allí —dijo.

Dixon se dirigió a la puerta. Cuando la estaba abriendo, se volvió.

—Volveré en seguida —me dijo. Y entró.

Tomé asiento en un alto taburete y comencé a tomar el hirviente café. Tenía

buen sabor.

—¿No tendrá usted una botella…? —pregunté al camarero.

El camarero frunció las cejas con asombro.

—¡Este es un Estado seco, señor! —dijo.

Un billete de diez dólares arregló la cuestión.

—Con fines curativos —dije con acritud.

El camarero asió el billete y cogió una botella que tenía esta etiqueta: «Cerveza débil». Le quitó el tapón y me la entregó juntamente con un vaso. El líquido tenía el color de la cerveza floja, pero no la efervescencia. Sin hacer caso del vaso, cogí la botella y me la llevé a los labios. No era malo el *whisky* que contenía. Lo tragué sin descansar y eché el resto en la taza de café. Me sentí mucho más optimista y ataqué con ánimos el bocadillo.

—Su amigo emplea mucho tiempo para telefonear —dijo el camarero cuando yo estaba terminando el emparedado.

—Acaso no haya obtenido comunicación muy pronto —sugerí. Y añadí—: Oiga: ¿está allí el lavabo, además del teléfono? Creo que me convendría asearme un poco mientras espero.

—Haga lo que le parezca conveniente —dijo el camarero—. No quise decirlo antes; pero no creo que fuera mala idea la de quitarse ese olor a pescado que tiene.

Lo miré con enojo y crucé la misma puerta por la que había desaparecido Dixon. La puerta se abría ante un pasillo muy mal alumbrado. Al final del pasillo había otra puerta en que podía leerse; «Lavabo para caballeros». Un teléfono sobresalía de la pared en el centro del pasillo. Pero Dixon no estaba allí. Supuse que habría terminado su llamada al F. B. I. y que habría entrado en el cuarto del lavabo, lo mismo que yo me proponía hacer. Pero también aquella habitación estaba vacía. Experimenté una impresión de disgusto cuando vi que la estancia tenía una puerta más. La abrí, y me encontré ante la calzada. Y también la calzada estaba desierta. Las huellas de unas cubiertas, marcadas en la humedad de la tierra, cuesta abajo, me indicaron el modo de que Dixon había podido arribar hasta la carretera sin que llegase a mí el ruido de un motor. Dixon había huido.

CAPÍTULO V

Volví sombríamente al comedor. Estaba indignado. El camarero me miró fijamente.

—¿Dónde está su compañero? —preguntó al fin.

—Ha tenido que marcharse a toda prisa —respondí—. ¿Tiene usted una cama donde me sea posible descansar esta noche?

—Sí, señor. Podrá usted dormir en la habitación de la criada. Está ausente, con unos días de permiso para visitar a su familia. Le costará cuatro dólares.

—No me parece caro en estas circunstancias —dije cansadamente—. Lléveme allá.

Pasé aquella noche — para variar — rodeado de retratos cortados de periódicos, todos ellos de artistas *varones* de la pantalla, y del perfume barato que la criada utilizaba y que impregnaba la estancia, y principalmente la almohada. Recuerdo que un momento antes de dormirme pensaba en lo que

habría podido sucederle al conductor del camión, a quien había dejado en estado de inconsciencia en los asientos posteriores del automóvil de Dixon

Desperté temprano. Me acerqué al tocador. La vista de los polvos cutáneos y las horquillas que había sobre la mesita me revolvió el estómago. Por esta razón, me vestí con tanta rapidez como pude y descendí al piso inferior. No había nadie allí, y vagabundeé por el espacio abierto que estaba tras la calzada. Unas gallinas iban de un lado para otro en las cercanías de una bomba. El agua fría de la bomba me refrescó al caerme sobre la nuca, y decidí entrar en el comedor en busca del desayuno. Pero aun no había nadie allí: supuse que el camarero de ojos fatigados se hallaría durmiendo todavía En aquel momento llegó un camión ante la calzada del parador. El conductor entró, se acercó al mostrador y descargó unos golpes con la palma de la abierta mano. Nada sucedió. El hombre repitió la tentativa. El resultado fué el mismo que anteriormente.

—Parece ser que aquí se duerme hasta muy tarde —dije.

El conductor se volvió hacia mí.

—Sí, lo parece —respondió—. Tengo que estar en Nueva York a las diez de la mañana. No puedo perder el tiempo. Creo que me convendrá marcharme y tomar un bocadillo cualquiera en la primera taberna que encuentre en el camino.

Se volvió para salir y yo corrí tras él.

—¿Nueva York, dijo usted?

—Sí. ¿Quiere que le lleve?

—¿Bromea usted?

Arrojé cinco dólares sobre el mostrador y seguí al conductor hacia el exterior, donde soplaba el aire fresco de la mañana. Experimenté una gran satisfacción al ver que aquel camión no transportaba pescado.

El camión me dejó en el Bronx a las diez en punto de la mañana, y tomé el subterráneo para ir a Times Square. Jan Weislo estaba ante su quiosco, como de costumbre, y recogió un montón de periódicos al verme acercar. En sus ojos se dibujaba el interés.

—¡Demonio de hombre! —exclamó—. ¿Qué le ha sucedido, señor Drayton?

—Muchas cosas muy desagradables —respondí—. No tendré un aspecto tan espantoso cuando me haya afeitado, Jan. ¿Qué hay de nuevo acerca de los diplomáticos desaparecidos?

—Véalo usted mismo —dijo al mismo tiempo que me colocaba en las manos un manojo de periódicos.

Todos ellos estaban dedicados principalmente al relato de la historia. Los tipos de letra más grandes habían sido utilizados para las cabeceras:

> «La persecución de los diplomáticos se extiende al Canadá La Policía Montada contribuye a la investigación. Ha sido hallado el «Buick» abandonado de Connor. Se cree que los hombres huyeron en camiones de mercancías…»

Jan movía de continuo la peluda cabeza.

—Tome nota de mis palabras —dijo—. Esos hombres han sido recogidos por un submarino y a estas horas se encuentran en la costa del Canadá.

Volví pensativamente a mi hotel mientras ojeaba los periódicos y chocando de vez en cuando con algunos otros transeúntes. Los «chicos» de la prensa iban a tener, según parecía, un día de ejercicio intenso a lo largo de los dominios del Canadá. Los periódicos estaban llenos de fotografías de agricultores, peones camineros y otros seres que declaraban que habían visto a Connor y Calthorpe

cuando iban en dirección al Norte. Un hotelero de New Brunswick dijo que los dos diplomáticos habían pasado, la noche en su casa. Unas descripciones de costas azotadas por las tormentas alternaban con los retratos en gran tamaño de Mervyn Jason, el héroe de la hora. La prensa aprovechaba bien la ocasión de publicar informaciones sensacionales.

Terminé mi estudio de los periódicos cuando me hallaba sentado en la silla de un peluquero en el Hotel Statler. Luego crucé el vestíbulo, camino de mi habitación, donde me proponía cambiarme de ropas, principalmente de traje, puesto que el que tenía puesto estaba sucio de pescado. Pero uno de los «botones» me detuvo.

—Señor Drayton —dijo—: ¡«Wester Union»!

Abrí el telegrama. Y lo que leí no me llenó de consuelo. «¿Por qué no ha enviado información? —decía el telegrama—. Nuestro despacho, de Canadá informa que usted no está con Jason. Oposición saca buen partido asunto Canadá. Lamentamos fracaso. Despedido. — Reagan.»

Arrugué el telegrama hasta convertirlo en una bola de papel, lo dejé caer al suelo, me dirigí al ascensor y subí a mi habitación. Y me senté en el lecho y me volví los bolsillos al revés. Su contenido, aparte de la acostumbrada balumba de cosas triviales, se componía de doscientos ochenta y tres dólares con ochenta y cinco centavos. Exactamente lo preciso para, pagar la factura del hotel… si me marchaba en aquel mismo instante. Pero aun tenía que resolver algunos asuntos que no estaban terminados. Y cuando pensaba que me encontraba en una mala situación, sonó el timbre del teléfono.

—¡Diga! —respondí, después de haber cogido el receptor.

—¿El señor Drayton?

—Yo soy. ¿Quién llama?

—Aquí es la compañía «Acme», alquiladora de automóviles, señor Drayton. Esperábamos que nos devolviera anoche nuestro descapotable. ¿Qué ha sucedido?

Pensé con rapidez.

—Lo necesitaré un poco de tiempo más —respondí—. Muy bien, señor Drayton. El importe del alquiler, como ya sabe, es de treinta y cinco dólares diarios. Hasta ahora, nos debe usted ciento cuarenta dólares.

—No se preocupe —dije—. Tendrán, ustedes su dinero.

Hablé con una confianza mucho mayor que la que sentía íntimamente, y colgué el receptor. Luego, apreté el botón del timbre para llamar al «botones». Mientras esperaba su llegada, cogí una hoja de papel y garrapateé un telegrama.

Escribí:

> «No se alarme. Tengo, una historia exclusiva y la transmitiré muy pronto. Tenga la bondad de enviarme por giro telegráfico mil dólares para gastos.— Drayton.»

Supuse que Reagan cambiaría de actitud.

Se produjo una llamada a la puerta. El mensajero entró. Le entregué el trozo de papel.

—Lleva esto al «Western Unión» —le dije.

El muchacho se llevó la mano a la gorra y salió de nuevo me acerqué al teléfono.

—Tenga la bondad de ponerme en comunicación con el Cuartel General del F. B. I. en Nueva York.

Cuando obtuve la comunicación, pedí al oficial encargado del teléfono que

me pusiera al habla con el encargado de las diligencias del «caso» Connor-Calthorpe.

Después de una pausa, una voz cansada llegó hasta mí.

—Soy Williamson. ¿Con quién hablo? —me preguntaron.

—Me llamo Drayton. Soy periodista. Fui el primero que vió ayer el coche abandonado de Connor —dije—. Había una señora en él cuando llegué. La perseguí con mi coche, pero esa mujer me hizo caer en la cuneta. Lo hizo intencionadamente. Supongo que podrían ustedes encontrarla por medio del automóvil. Tengo su número de matrícula.

Y le indiqué el número que estaba grabado en la placa del coche verde.

—Muchas gracias, señor Drayton. Me alegro mucho de obtener su ayuda ¿Podría describir a esa mujer?

—Difícilmente —respondí—. Sólo puedo decir que me pareció que era joven. Tiene obscuro el cabello. No son unos datos muy importantes, es claro… Pero si encontrasen ustedes el automóvil, podrían indicarme a dónde conduce esa pista… En este mismo momento podría ya hacer una información sensacional…

—Siempre nos alegra ayudar a la prensa —dijo Williamson—. Nos esté ayudando mucho es esta cuestión, y queremos corresponder con ella.

—Quiero preguntarle una cosa, señor Williamson —añadí—. Si con ello no violamos ningún secreto, ¿podría decirme si tienen ustedes un agente llamado Dixon, un hombre de rostro afilado y con patillas?

—No hay ningún agente de ose nombre ni que responda a esa descripción en este Departamento.

Esta fué la respuesta.

—Eso es lo que había supuesto —dije—. Hasta la vista. En el caso de que sepa usted algo relacionado con aquel automóvil, podrá darme noticias Estoy en el «Hotel Statler».

—Lo haré con mucho gusto, señor Drayton. Adiós.

—Adiós.

Colgué el receptor

Después, me despojé de las ropas, tomé una ducha, me quité de la piel a fuerza de restregones el olor a pescado y me cambié de vestimenta. Escogí mi mejor traje y mi mejor camisa, me anudé la mejor de mis corbatas y me puse un pañuelo de seda en el bolsillo superior de la americana. Supongamos que me encontrase arruinado sin empleo, a mil millas de mi residencia. ¿Qué utilidad podría producirme el revelarlo con mi aspecto?

Volví a repasar el manojo de periódicos que había abandonado, releí los informes sobre el asunto de los diplomáticos desaparecidos, volví a repasarlos hasta que encontré lo que buscaba: la dirección de Connor en Brooklyn. Salí del hotel y me hallaba a punto de pedir al portero que me buscase un taxi, cuando recordé el mal estado financiero en que me encontraba. Y decidí tomar el «elevado», en lugar de un automóvil.

La casa en que Connor había residido era una casa de piedra parda, como las restantes de la manzana, una reliquia apagada y mustia de los días en que Brooklyn fué un lugar de residencias señoriales. La casa estaba dividida en pisos y apartamentos. Las hileras de botones de timbres que había a su puerta semejaban las hileras de los de unos de los «botones» del hotel. Había un piso bajo; y a través de las arrugadas y desteñidas cortinas de encaje pude ver a una señora anciana que dormitaba con una revista ilustrada en las manos. Subí cuatro o cinco escaleras y di unos golpecitos en los cristales de la ventana. La dama se despertó sobresaltadamente, se acercó a la ventana y la abrió.

—¿Qué quiere usted? —dijo de modo agrio—. He hablado y hablado con los

guardias y los policías durante dos días seguidos sin interrupción. Con policías y periodistas. Si es usted uno de ellos puede marcharse. No tengo nada más que decir. No sé nada del señor Connor ni de sus amistades. Connor era tan sólo un huésped en esta casa… y no muy frecuentemente. Tengo una casa respetable y cuido mi negocio, joven. Y le recomiendo que haga lo mismo con los suyos, joven.

No sé qué fué lo que me dijo que no podría sacar mucho partido de aquella mujer. Y no parecía una de esas personas que cambian de actitud cuando el dinero hace su aparición, aun suponiendo que yo dispusiese del dinero necesario para conseguir que abriese la boca. Estaba preguntándome si me convendría abandonarla y probar fortuna con algún otro de los inquilinos de la vivienda, cuando se abrió la puerta del fondo y una muchacha entró en la habitación. Llevaba un blusón informe, los pies metidos en unas sandalias sin puntas y de tacón bajo y el cabello alborotado y caído sobre un ojo. Pero bajo de aquella apariencia desaliñada y de suciedad, podía apreciarse que era atractiva o que podría serlo si se tomase el trabajo de acicalarse. Y se acercó a la ventana.

—¡Hola, guapo! —dijo. Y luego—: ¿Quién es este, mamá?

—Otro fisgón. Nada más, Emelina. Siga, siga su camino, joven.

Pero la muchacha había abierto ya la puerta y se encontraba a mi lado.

—¡Demonios! ¿Es usted un «G-man»? —dijo, ahogadamente.

—¡Claro! —respondí.

Los ojos de la muchacha brillaron exaltadamente.

—No he visto a los otros «G-man» —dijo, de modo quejoso—. Mamá me envió a cumplir un encargo momentos antes de que vinieran. Me gustaría mucho haberlos visto. Oiga, señor, ¿es usted duro?

Sonreí.

—¿Duro? Escuche, monada. Tomo bistecs de elefante para desayuno y tripas de león para comida.

La joven pareció atragantarse.

—¡Oh! ¿Es cierto, señor?

Me maravillé. ¿Hasta dónde podía ser tonta una mujer? Y decidí cambiar en el acto el tema de la conversación.

—Oiga —dije, sonriendo—. Supongo que una muchacha como usted deberá de conocer a la mayoría de los huéspedes de esta casa. ¿Acierto?

La joven se enderezó con satisfacción.

—¿Cree usted que soy guapa, señor? —y me miró por entre unas largas pestañas—. Sí, no tengo más remedio que pasar entre ellos la mayor parte del día. Pero no consiento familiaridades inoportunas. Entiéndalo de modo que no haya dudas, señor.

—Naturalmente —contesté—. Pero, dígame, Emelina. ¿Ha tenido usted buenas relaciones de amistad con ese Connor que se ha alojado aquí?

—¡Es claro! Frank Connor y yo nos hemos entendido perfectamente durante cierto tiempo.

Mi interés se agudizó. Iba por buen camino.

—¿Sí? —pregunté.

—Pues… Connor solía invitarme a un par de vasos de cerveza de vez en cuando. Y algunas veces, bailamos juntos. Me dijo que me apreciaba mucho, pero supongo que lo decía para conquistar mis simpatías.

Miré a Emelina y pensé que no era una de esas mujeres que oponen una gran resistencia a dejarse enamorar.

—Acaso pueda usted decirme lo que necesito saber, guapa —dije—. ¿Cuál era el lugar habitual de diversión de Connor en la ciudad? ¿Sabe usted a dónde

iba con más frecuencia, dónde prefería tomar unas copas, dónde se reunía con sus amigos?

—Eso es fácil —respondió Emelina—. Me llevó allá una o dos veces, hasta que me dijo que yo no encajaba bien en aquel ambiente. No sé lo que quiso dar a entender con esas palabras, pero supongo que lo que sucedía era que tenía otra amiguita. El *bar* al que iba siempre se llama «El Siglo XX» y está en la calle 42.

—Muchas gracias, Emelina —dije al mismo tiempo que me llevaba la mano al sombrero. Y cuando me volvía, ella me puso una mano sobre el brazo para detenerme.

—¿Tiene usted que marcharse, señor? —me dijo, quejosamente—. ¿No me permitirá prepararle una taza de café?

—Lo siento, preciosa. Tengo mucho trabajo que hacer —dije.

Le levanté la mano de mi brazo, y al hacerlo me di cuenta de que tenía sucias las uñas.

Tomé el aéreo de nuevo para cruzar el río y me dirigí a la calle 42 en busca del bar de «El Siglo XX». Cuando al fin lo hube hallado, el establecimiento estaba cerrado. Un cartel que había a la puerta rezaba: «Abierto a las nueve de la noche». Evidentemente, era uno de esos bares que no hacen negocio hasta la caída de la noche. Me encogí de hombros y regresé a mi hotel. Sería posible que estuviera economizando en transportes de automóviles, pero estaba martirizando las suelas de mis zapatos.

Tras la mesa del despacho de recepción, había una taquilla plagada de departamentos en los que estaban escritos los números de las diversas habitaciones de la casa. Cuando me acerqué al mostrador para recoger la llave, el empleado se volvió y cogió algo que estaba en uno de los departamentos. Era otro telegrama.

Lo abrí cuando me hallaba en el ascensor. Procedía de Reagan. Era corto y conciso. Decía:

> «Pagaré con arreglo a los resultados. Si no hay historia, no hay gastos.
>
> ”*Reagan*”

Una vez que me hallé en mi habitación, llamé por teléfono para pedir que me llevasen los periódicos de la tarde. Cuando llegaron, vi que los diplomáticos desaparecidos obtenían aún la mejor atención en las páginas primeras y resistían a toda competencia. Pero escondida, en una de las páginas interiores, hallé otra historia. Los subdirectores no habían descubierto en ella ninguna relación que la uniese con la de los diplomáticos. Pero ¿cómo podrían saberlo? En cortas líneas la noticia comunicaba que había sido hallado un camión de pescado abandonado en un campo de New England y que el conductor había sido recogido en estado de inconciencia varias millas más arriba en la carretera. El conductor se hallaba recluido en un hospital de Boston y aún no había recobrado el conocimiento. Pero lo más sorprendente de todo era que una de las cajas de pescado había sido abierta y que de ella se había robado un bacalao de tamaño medio. Esto era todo.

Metí la mano en un bolsillo para sacar de él un cigarrillo, y descubrí que se me habían terminado Por esta causa, volví a descolgar el teléfono y dije:

—Tengan la bondad de traerme un paquete de «Lucky»… y cárguenlo en mi cuenta.

CAPÍTULO VI

Aquel bar de «El Siglo XX», era uno de esos establecimientos construidos de cristal y planchas de cobre, con una hilera de espejos y adornos de fantasía. Tenía detrás del mostrador una muchacha que parecía haber sido hecha mecánicamente y se hallaba recubierta de pinturas y coloretes. La muchacha me preguntó qué deseaba. Encargué un vaso doble de *whisky* con sifón.

Cuando hube vertido la bebida en el pozo seco y vacío que era mi barriga, paseé la mirada a mi alrededor para observar a los clientes de la casa. Unas luces rosadas y halagadoras los favorecían, pero, de todos modos, se veía que eran un conjunto de gentes lánguidas, de largos cabellos y de dudosa situación social. Había demasiadas mujeres de cabelleras cortas y demasiados hombres de largos rizos para mi gusto. Luego, allá, en un lejano rincón, vi una mujer diferente a las demás. Estaba sentada a solas y tomaba una bebida en un vaso largo y delgado. Tenía unas ropas sencillas y atrayentes: una blusa de color de naranja mandarina con un largo escote y una faldita corta y ceñida. Unos largos guantes le cubrían hasta mucha altura los brazos, que salvo por ellos, estaban desnudos.

Una obscura cabellera colgaba con una ligera onda sobre la palidez de su rostro, en el cual la boca era como una puñalada vivida, pintada de un tono más obscuro, pero del mismo color de mandarina.

No pude tener seguridad, puesto que tan sólo la había visto un momento al pasar a mi lado, de que fuese la dama del *roadster* verde. Pero hubo algo que me dijo que era ella misma. Se produjo un levantar de la cabeza y un resplandor en sus ojos que incrementó aquella fugitiva impresión de que era la mujer que tan hábilmente me había lanzado contra una cuneta la noche anterior.

Acaso se diese cuenta de que la estaba mirando, puesto que en aquel momento inclinó la cabeza hacia atrás y me dirigió una mirada inescrutable. Me pareció ver que había una huella de burla en la sonrisa que contrajo su boca. Luego cogió el bolso, que estaba sobre la mesa, se levantó, abrió una puerta que había en el fondo del establecimiento y en la que se leía: «Tocador de señoras», y desapareció. Me encogí de hombros. Una cosa era cierta: no podía seguirla a través de aquella puerta.

Me volví hacia la preciosa rubia que se hallaba tras el mostrador, y dije:

—¿Venía muchas veces por aquí nuestro amigo Connor?

La rubia levantó un párpado con el mismo esfuerzo que si pesase una tonelada, y respondió:

—No estoy aquí para hablar de las costumbres de los parroquianos.

Estaba a punto de llevarme la mano al bolsillo en que guardaba el dinero con el fin de intentar ablandar a la muchacha rubia por medio de algunos billetes, cuando una voz que sonó a mis espaldas detuvo el movimiento.

—¿Qué quiere usted saber acerca de Connor? —oí que me preguntaban.

Giré en el taburete del mostrador y me hallé frente a un par de ojos grises que resplandecían tras unas largas pestañas. Tales ojos se hallaban como incrustados en un rostro delicado que estaba dotado de una naricita deliciosa y una boca hecha para besar. Esta mujer, lo mismo que la de la lejana mesa, la que había abandonado la sala un instante antes, parecía hallarse fuera de lugar en aquel establecimiento. Llevaba un vestido floreado que le descubría los hombros, y era una mujer delicadamente femenina.

—¿Qué puede usted decirme acerca de él? —pregunté al fin, después de haberla mirado detenidamente.

—Vamos allá —me indicó señalando, una mesa que se hallaba separada de

las demás y lejos del mostrador. La seguí a través de la estancia y miré aprobatoriamente la gentileza de su modo de andar.

—¿Quién es usted? —me preguntó cuando nos hubimos sentado.

Le dije quién era y luego formulé la misma pregunta.

—Soy Paulina Calthorpe —respondió—. La esposa de Everett Calthorpe.

—¿Ha estado su esposo en comunicación con usted desde el momento en que desapareció con Connor? —pregunté.

Ella movió la cabeza de un modo triste.

—Todos los días espero noticias suyas —se lamentó—. Sé que no ha hecho nada de lo que deba avergonzarse, a pesar de lo que digan los periódicos. Y tengo seguridad de que, más pronto o más tarde, se pondrá en contacto conmigo para explicarme todo lo sucedido.

—Pero ¿y si hubiera salido de la nación? —sugerí.

—Estoy segura de que no es así —respondió, con vehemencia—. Creo que esa historia del Canadá es una cortina de humo.

—Espero que tenga razón —dije al recordar el ultimátum de Reagan—. Mi creencia es que esos dos hombres están todavía en Nueva York.

Paulina Calthorpe se animó instantáneamente cuando hube pronunciado las anteriores palabras. El color afluyó a sus mejillas. Sus ojos brillaron. Pensé que aquel Calthorpe era hombre afortunado, y al mismo tiempo, un imbécil, puesto que había abandonado a una esposa tan llena de encantos y tan amante como aquélla.

—¿Qué es lo que le hace tener tanta seguridad? —me preguntó.

—Es una corazonada —respondí—. Y dicho sea incidentalmente, ¿ha visto usted a una señora de cabello obscuro que estaba en aquel rincón y que se dirigió si tocador un instante después de mi entrada aquí?

—¿Con una blusa de color de mandarina? —me preguntó.

Respondí afirmativamente.

Paulina dijo:

—Es Irma Svenson, la amiguita de Frank Connor —y miró hacia el lugar que Irma había ocupado—. Dudo que vuelva usted a verla esta noche. Hay una salida por el tocador y, calculando por el tiempo que hace que salió, supongo que ha debido de marcharse.

Después, Paulina se inclinó sobre la mesa para acercarse más a mí y me dirigió una mirada plena.

—Dígame —me dijo—. ¿Qué cree *de verdad* el F. B. I. acerca de Frank y Everett?

Me encogí de hombros.

—No disfruto de la absoluta confianza del F. B. I.—respondí.

Paulina me disparó una mirada de impaciencia.

—¡Usted debe de saber más de lo que dice! —me dijo—. ¿Por qué me ha hecho preguntas acerca de Irma Svenson? ¿Por qué dice usted que tiene el presentimiento de que los dos hombres están en Nueva York?

Nada respondí. Paulina se inclinó aún más sobre la mesa y me cogió de una mano.

—Sé que este no es lugar conveniente para que hablemos —dijo—. ¡Vamos a mi casa… y podremos hablar con más libertad!

Me puse en pie animadamente. ¿Qué podría perder? Por lo menos, allí no tendría necesidad de pagar las bebidas que consumiéramos. Supuse que aquella dama se proponía *ablandarme* a fuerza de bebidas, y, acaso, también, por medio de un poco de amor, con el fin de que le ofreciese de modo voluntario todo cuanto supiese acerca de su esposo. Y era natural. Pero lo que yo me proponía era ser yo quien sonsacase lo que fuese posible. La señora Calthorpe podría

fácilmente durante el curso de la velada, darme a conocer algún detalle que hasta aquel momento hubiera sido olvidado y que me condujese hacia el paradero de los dos desaparecidos.

—Vivo a la vuelta de la esquina —me dijo Paulina, cuando salimos a la calle.

Pasó un brazo bajo el mío, y pude percibir la cálida fragancia que emanaba de su cuerpo. Caminamos a lo largo de un par de manzanas por la calle 42 y luego entramos en una callejuela que se abría entre dos bares. La callejuela estaba obscura y no tenía muy buen olor.

—No es precisamente una buena vecindad —dijo Paulina, como si intentase disculparse—. Pero ¿qué puede hacerse cuando se vive con una paga del Estado?

Nos detuvimos ante un establecimiento. Había una puerta junto a la tienda. Paulina la abrió con una llave que sacó de su bolso. No había portal ni vestíbulo. La puerta se abría al pie de un tramo de escalones estrecho y obscuro. Paulina me precedió. Finalmente, cuando hubimos llegado al rellano, abrió una puerta y encendió una luz. La escena se transformó instantáneamente. La sucia callejuela y la estrecha escalera conducían a una habitación decorada y amueblada con buen gusto moderno. Sólo había el mínimum de artefactos necesarios. Pero todo era caro. Pude apreciarlo con la primera mirada. Las blancas paredes estaban adornadas sólo con dos cuadros. Y ambos eran originales de uno de los más discutidos pintores de nuestros días Los muebles eran de color claro y de acero sin mácula. El piso era claro, ventilado.

Paulina me indicó que me sentase en una de esas sillas de respaldo recto que parecen tan incómodas, pero que resultan lo contrario cuando os instaláis en ellas, y se acercó a un estante que se hallaba próximo a la pared. Oprimió algo que había bajo el estante y una sección de la pared se levantó y descubrió un conjunto de botellas y vasos.

—¿Qué quiere usted tomar? —me preguntó.

—*Whisky* —contesté.

Me sirvió la bebida y se preparó un «Tom Collins». Después, llevó ambos vasos hasta un pequeño taburete que se hallaba a mis pies. En la habitación no parecía haber el número de sillas suficiente para recibir visitas, pero supuse que los Calthorpe tenían costumbre de sentarse en el suelo o tan cerca de él como fuese posible.

—Es una casa divertida —me dijo Paulina, al mismo tiempo que se inclinaba para que hiciésemos chocar nuestros vasos. La luz brillaba en sus hombros como si fueran de marfil. Los grises ojos adquirieron una expresión enigmática, al dirigirme una mirada. Pensé repentinamente que aquella era una mujer muy peligrosa. Apoyó un codo en mi rodilla y se inclinó hasta poner el cuerpo en contacto con mi pierna—. ¿Qué me dice acerca de aquella corazonada suya? —me preguntó.

—Es solamente una corazonada. Nada más —respondí—. La mayoría de las corazonadas suelen ser disparatadas. Las mías lo son por regla general.

Y precisamente en aquel momento, se produjo una insistente llamada a la puerta. Un frunce de disgusto se dibujó en la frente de Paulina.

—No haga caso —dijo—. No queremos que nos molesten en este momento, ¿verdad?

Y se inclinó un poco más hacia mí.

La llamada se repitió con más fuerza que antes.

—Será mejor que respondamos —dije, al mismo tiempo que me levantaba —. Déjeme que salga a abrir.

Y antes de que ella pudiera impedirlo, había cruzado la habitación y abierto la puerta de modo brusco. Un muchacho se hallaba ante ella, un muchacho de unos doce años, que vestía una chaqueta de cuero y llevaba una gruesa gorra. El chiquillo me presentó un papel Lo cogí con rapidez y, vuelto de espaldas a Paulina, lo abrí.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, desde detrás de mí.

—Es un chiquillo —respondí, mientras pasaba la vista por la nota.

No me molesté en leer más que la firma. Y la firma era: Everett.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunté al muchacho en voz baja.

—Me lo dió un hombre en el Club de Sandron, en Broadway —contestó el chico.

Le entregué un dólar y le dije que se marchase a toda prisa. Mientras lo hacía, doblé la nota.

—¿Qué quiere ese chiquillo? —preguntó Paulina.

Me volví hacia ella y le presenté la nota.

—Ha traído esto para usted —contesté.

Paulina cogió el papel, lo desdobló y lo leyó. Sus ojos se ensanchaban más y más a medida que leía.

—¿Malas noticias? —pregunté.

—No lo sé —respondió temblorosamente—. Creo… que son buenas noticias. Es una nota de mi esposo.

—¿Qué dice? ¿O es una cuestión privada?

Por toda respuesta, Paulina me entregó la nota para que la leyese. La nota decía:

> «Querida:
>
> »Ten paciencia y sabrás la verdad. No tienes motivos para avergonzarte de mí».

Y esto era todo.

—Me parece un poquito enigmático —dije, en tanto que recogía mi sombrero.

—¿Se va usted ya? —preguntó ella.

—Sí. He recordado en este momento una cita importante. Volveré a visitarla, si puedo.

—No deje de hacerlo —dijo ella.

Salí de nuevo a la calle 42 y detuve un taxi. Di al conductor la dirección del Club de Sandron, subí y cerró la ventanilla posterior. Como esperaba, Paulina Calthorpe había aparecido en la acera y detenía otro taxi. Me incliné hacia delante para hablar al conductor del mío.

—Ahí hay otro automóvil que se pone en marcha para seguirnos —le dije—. ¿Cree usted que podrá hacer que nos pierda?

El hombre miró al espejo de retrovisión.

—Es fácil —dijo.

Y emprendió la marcha tan bruscamente, que me vi lanzado contra el respaldo del asiento. Tomó la primera vuelta a la derecha tan sólo sobre dos ruedas y a continuación giró otras dos veces de modo similar. Luego, se lanzó a correr a lo largo de la calle 42 sin cuidarse de las señales de circulación. Volví la cabeza y vi que el automóvil perseguidor estaba enredado en la maraña de la circulación de la calle 42.

—¿Qué tal lo hago? —me preguntó el conductor.

—¡Muy bien, amigo! —respondí—. Creo que casi lo ha perdido usted.

—¡Y lo haré, con toda seguridad! —replicó.

Y dió unas cuantas vueltas más, apagó las luces y se acercó a un puesto de estacionamiento. Un par de minutos más tarde, llegaba el segundo automóvil y pasó a toda velocidad ante nosotros. Pude ver el rostro de Paulina, que asomaba por la ventana para inspeccionar el camino. Cuando se hubieron alejado, el conductor de mi vehículo salió del terreno de estacionamiento y tomó la dirección contraria a la anterior, con lo que me llevó a Broadway por un camino poco frecuentado.

***

El establecimiento de Sandron estaba lleno de nubes de humo de tabaco, de sonidos y de gente ruidosa. Entré en su interior y comencé a circular entre los parroquianos. Casi todos estaban vestidos con lo que podría llamarse el uniforme habitual, puesto que se hallaban en chaleco y en mangas de camisa. Casi todos llevaban colgante de la boca un cigarrillo sucio y apagado, o a punto de apagarse. Fui el blanco de muchas miradas de sospecha cuando me abrí paso entre aquellos seres. Luego, cuando llegué a un rincón, recordé que me parecía haber visto un rostro familiar. Aun cuando aquel rostro estuviera recubierto de una barba de varios días y cubierto con un maltratado sombrero, como el que suelen llevar los vagabundos, no podía dudarse de que era el rostro largo, pálido y de largos dientes de Everett Calthorpe. Lo había visto cuando asomaba la cara por detrás del ancho periódico que utilizaba como escudo protector y que fingía estar leyendo. Cuando pasé ante él, el periódico volvió a elevarse. Otro hombre, también vestido de modo descuidado, estaba sentado a su lado. No pude verle el rostro, puesto que tenía la cabeza inclinada hacia delante, como si estuviera dormido, y el ala del sombrero le cubría hasta más abajo de los ojos. Pero aposté conmigo mismo a que el acompañante del primer hombre era Frank Connor.

Un hombre que se hallaba delante, se volvió hacia mí y me puso una peluda mano sobre el pecho.

—Espere un momento, señor, mientras hago esta tirada.

Y se inclinó sobre la mesa y movió el taco ante la bola con enloquecedora lentitud. Con ello, me privaba de ver a los otros dos hombres.

Cuando, finalmente, hubo hecho la tacada y se enderezó, el hombre que yo suponía que era Calthorpe seguía a su compañero para trasponer la entrada de la estancia. Corrí tras ellos y una mano pesada cayó sobre mi hombro. Intenté deshacerme de su presión y continuar mi camino, pero el apretón era firme y me volví con desesperación para ver quién me detenía en aquel momento.

Vi que tenía ante mí a un hombre alto, de mirada dura, que llevaba un sombrero abollado y un impermeable con cinturón.

La mano que no estaba sobre mi hombro producía en el bolso de esta prenda un bulto que sugería la presencia de un revólver en su interior.

—No queremos contratiempos, señor Drayton —dijo el hombre—. Tenga la bondad de salir de aquí.

Hablaba con un tono de voz agradable, pero no había posibilidad de interpretar equivocadamente el severo significado de sus palabras. Volví a mirar el bolso de su impermeable, y el bulto se movió elocuentemente.

Me encogí de hombros.

—Ya me voy —dije.

Había un gran «Sedán» negro junto al bordillo de la acera, y cuando yo salía, una figura obscura que estaba en su interior me agarró y tiró de mí de modo tan amable como firme. Caí en el interior del coche y el hombre ocupó su asiento tras el volante de conducción.

Cuando el automóvil se ponía en marcha, dije:

—¿Tendrán ustedes algún inconveniente en decirme en beneficio de quién se realiza este secuestro?

—No es secuestro —respondió el hombre que se hallaba a mi lado.

Y colocó algo delante de mí y provocó una llama en un encendedor de cigarrillos. La llama brilló sobre la plateada insignia del F. B. I.

La luz se apagó. Y la voz del hombre sonó entre la obscuridad.

—El jefe quiere cambiar unas palabras con usted, señor Drayton —dijo mi acompañante más inmediato.

CAPÍTULO VII

Nada había en la casa ante la cual nos detuvimos que la hiciese diferente de las inmediatas de Park Avenue. Parecía la residencia particular de algún acaudalado hombre de negocios.

Pero la diferencia se hizo visible tan pronto como la puerta se abrió. Me encontraba entre mis dos acompañantes, cada uno de los cuales me asía de un brazo de manera amistosa y cauta. En lugar de ser recibidos por algún mayordomo respetuoso o alguna linda doncella, la puerta fué abierta pocas pulgadas por un hombre delgado y de dura expresión que vestía unas ropas moteadas.

—¿Quién es? —preguntó.

—Michaelis y Jackson con el señor Drayton—respondió el hombre que estaba a mi izquierda.

La puerta se abrió más y el hombre de las ropas moteadas se apartó a un lado para permitirnos el paso.

—Entren —dijo—. El jefe les espera.

A través del hueco de una puerta que estaba abierta parcialmente, pude ver una habitación que tenía las paredes casi por completo ocultas bajo unos clasificadores y ficheros y que estaba llena de jóvenes de rostro inteligente, en mangas de camisa, que operaban las que me parecieron unas máquinas de descifrar telegramas con clave.

El hombre que nos había abierto la puerta, llamó a otra en la que había esta inscripción: «Particular», y en el interior de la estancia sonó una voz imperativa que gruñó una orden de entrada. La puerta se abrió, y los otros dos hombres me acompañaron al interior de la habitación. La estancia en que me encontré estaba casi desamueblada. Sólo había en su centro una gran mesa de escritorio, algunos ficheros y un gran retrato del Presidente sobre la repisa de la chimenea. Frente a la mesa, podía verse un ancho sillón de cuero. Y al otro lado de ésta, se encontraba un hombre carnoso, cabellos grises, hombros caídos y párpados de gruesas pestañas.

—Podéis marcharos —dijo a mis dos escoltantes.

Los dos hombres se volvieron, salieron de la habitación y cerraron la puerta detrás de sí.

—Siéntese, señor Drayton —dijo el hombre. Hubo algo que me hizo pensar que la curva cansada de sus espaldas y de sus ojos no era otra cosa que una fingida actitud destinada a ocultar la activa vigilancia que tras éstos reposaba. Aquella voz seca era conocida, y no me sorprendí cuando el hombre dijo—: Soy Mark Williamson. Hemos hablado esta mañana por teléfono. ¿Quiere un cigarro?

Y me presentó una caja.

—No necesito darle gracias —dije al mismo tiempo que cogía uno de ellos —. ¿Qué se han propuesto ustedes al traerme aquí?

Williamson se reclinó en el respaldo de la silla, cerró las manos y suspiró.

—Usted es un reportero inteligente Drayton —dijo—. Demasiado inteligente. Esta noche ha estado a punto de echar a perder algo que hemos estado preparando por espacio de varios meses en el Departamento de Estado —y se adelantó repentinamente y aporreó con los puños cerrados el tablero de la mesa—. ¿Por qué diablos no se unió usted a Jason y a los que con él fueron a Canadá?

—Eso es precisamente lo que el director de mi periódico quiere saber —le dije—. Y he aquí la razón: Creí que Connor y Calthorpe no habían salido de Nueva York. Y esta noche he sabido que es cierto. Si esos forzudos servidores de usted no hubieran tenido tanta prisa por apoderarse de mí, a estas horas me habría sido posible traer a su presencia a Connor y Calthorpe.

—Esa es la causa de que les indicase que detuviesen a usted, Drayton —respondió Williamson, en actitud de cansada firmeza—. Si usted se hubiera apoderado de esos dos hombres esta noche, el fruto de nuestra labor se habría malogrado.

—¿Quiere usted dar a entender que son solamente un cebo, que siempre ha sabido lo que son y que sigue con atención sus movimientos?

—Así es, poco más o menos —respondió Williamson—. Connor y Calthorpe desaparecieron obedeciendo las instrucciones que se les dieron. Toda esta publicidad que se está haciendo, esa persecución hacia el Canadá, representa una pista intencionadamente falsa. Y todo el mundo ha picado el anzuelo… excepto usted. ¡Es usted demasiado listo! Connor y Calthorpe han destinado varios meses a la tarea de crear unos antecedentes sospechosos para sí, de cultivar amistades de gentes indeseables con el fin de que la Prensa los considerase maduros para la traición. No ha desaparecido ningún documento del Departamento de Estado. Todo el asunto es tan sólo una ficción gigantesca.

Abrí la boca con asombro.

—Pero ¿por qué razones se representa esa comedia y en beneficio de quién? —pregunté—. ¿Es solamente por el gusto de reírse y divertirse por lo que engañan ustedes a la Prensa y provocan una alarma que tiene en tensión a todo el pueblo de los Estados Unidos?

Williamson me dirigió una sonrisa.

—Tiene usted más inteligencia de la que es preciso poseer para hacer esas preguntas con seriedad —dijo—. La razón de que hayamos preparado esta comedia es esta: queremos descubrir al hombre que se halla a la cabeza de una cuadrilla dedicada al espionaje que está vendiendo nuestros secretos políticos y militares al mejor postor.

Me enderecé en mi asiento.

—¡Vuelva a decirlo! —le pedí.

—Hay una organización de espionaje que opera en esta nación —dijo—, y que no tiene preferencia por ninguna otra ni relación con ellas. Trabajan por su cuenta y riesgo para obtener el mejor partido posible de su iniciativa. Tienen varios agentes astutos y hábiles que entregan las informaciones que consiguen a la figura central, el jefe, quien une las informaciones fragmentarias que recibe, extrae una consecuencia de ellas y vende el resultado de sus investigaciones a quien más pague por ellas, quienquiera que sea.

»No opera solamente en el campo internacional. Ha vendido los resultados de las investigaciones del gobierno a empresas comerciales que se desenvuelven en esta nación. Y hasta ha operado con nuestro propio gobierno, al que ha devuelto mediante pago de grandes cantidades, fotografías de sus planos.

Hemos sorprendido y apresado en ocasiones a algunos de sus agentes. Sabemos quiénes son algunos de sus ayudantes e intermediarios. Pero nunca pudimos poner la mano encima al jefe en persona.

»Y en esto es en lo que esperamos que la comedia que hemos tramado y que Connor y Calthorpe representan, sea fructífera. Han llegado tan lejos en su misión, que hasta se han llevado consigo algunos importantes documentos de nuestra política —continuó Williamson—. Y tienen instrucciones de ganarse la confianza de los componentes de la organización de espionaje y negarse a comunicar informaciones hasta el momento en que se entrevisten con el jefe en persona. Es una misión peligrosa, pero que puede producir un gran resultado.

—¿Cómo supieron por dónde empezar? —pregunté.

—Según le he dicho, conocemos a algunos de los miembros de la organización, aun cuando no conozcamos al jefe —respondió Williamson—. Pasaron cierto tiempo tendiendo una pista falsa, después regresaron a Nueva York y se pusieron en contacto con uno de los enlaces, hombre que forma parte de nuestras filas, pero a quien nos hemos abstenido de utilizar hasta ahora, con el fin de reservarlo para el momento más conveniente. Tal hombre es Finlay Sandron, el propietario del establecimiento en que mis subalternos se apoderaron de usted.

Me encontraba tan excitado, que golpeé la mesa con los puños.

—¡De modo que yo tenía razón! —exclamé—. ¡Demonios encendidos, qué historia, qué información!

Williamson negó con un movimiento de cabeza.

—Creo que no tengo necesidad de decirle, señor Drayton —dijo— que en defensa de los intereses nacionales, esta es una historia que no podrá publicarse… por lo menos hasta que haya llegado a su desenlace.

CAPÍTULO VIII

Se produjo un largo momento de silencio, durante el cual Williamson me miró fijamente y yo le devolví las miradas. Y comprendí que Williamson tenía razón. Aquella era una historia que no me sería posible utilizar para publicación. Pero su explicación dejaba por explicar una o dos cosas. Una de ellas, aquel hombre, Dixon, que se hizo pasar por un «G-man». Los dos hombres que iban en el camión de pescado que marchaba por la carretera de Nueva Inglaterra. Y aquella dama de cabello obscuro que tanta maña se daba para conducir el *roadster* verde.

—¿Ha tenido usted suerte en las investigaciones acerca del auto de que le hablé esta mañana? —pregunté.

Williamson dejó de sonreír cansadamente.

—La clase de suerte que era de esperar —dijo—. Pertenece a una empresa dedicada al alquiler de auto móviles. Ese *roadster* verde fué entregado hace dos días a una dama llamada Mary Smith, de Nueva Jersey. Fué devuelto anoche a última hora. ¿Por qué…?

—Olvídelo —dije, al mismo tiempo que me levantaba—. ¿No tiene usted inconveniente en que me retire ahora?

—¡De ningún modo, Drayton! ¿Puedo confiar en que no revelará a nadie lo que hemos estado hablando?

—Puede —respondí—. Pero ¿puedo esperar que usted me facilite una justificación para mi director?

Cuando lo dije, tenía ya la mano en el picaporte.

—¡Drayton! —exclamó él—. ¿Por qué no se decide a ir a Canadá con el resto de los muchachos de la Prensa?

Negué con un movimiento de cabeza.

—Sólo me interesan los hechos —dije—. Hechos o nada.

Regresé a mi hotel a pie, en parte por ahorrar el importe del alquiler de un automóvil y en parte para darme ocasión de pensar. Me pareció que el único camino que se abría ante mí era el que, como periodista, había rechazado anteriormente: volver a mi periódico y obligar a Williamson, del F. B. I., a explicar a mis superiores por qué me había visto obligado a interrumpir mis actividades informativas. Pero antes de hacerlo, me dije, había de satisfacer mi curiosidad respecto a la muchacha de Connor, Irma Svenson, por otro nombre, señorita Mary Smith de Nueva Jersey. Me hallaba en Times Square y saludé a Jan Weislo con una sonora voz antes de acercarme a su quiosco. Compré un manojo de periódicos de las últimas ediciones y los repasé en tanto que continuaba mi camino hacia el «Statler Hotel». Todavía continuaban llegando del Canadá relatos de cosas soñadas. Y un pequeño suceso había tenido el honor de aparecer en la primera página. El suelto explicaba defectuosamente que Harry Pike, conductor del camión de pescado que fué hallado abandonado en terrenos de la carretera de Nueva Inglaterra, había fallecido en un hospital de Boston sin recobrar el conocimiento. Pensé que esto convertía en asesinos a los dos hombres que asaltaron el camión.

Al entrar en el suntuoso vestíbulo del hotel, me dirigí al mostrador para pedir la llave de mi habitación. El empleado, el que tenía un rostro inexpresivo, me dijo:

—Señor Drayton, suponía que se marcharía usted mañana.

Medité sobre aquellas palabras. Era cierto. Tuve intención de hacer lo que el empleado me decía. Pero tenía el presentimiento de que mi estancia en Nueva York habría de prolongarse más de lo previsto.

—No —respondí—. En realidad, permaneceré aquí más tiempo de lo que había supuesto.

—Muy bien, señor Drayton —dijo el empleado—. Naturalmente, le enviaremos la factura por su estancia en el hotel hasta hoy.

—Es claro —respondí—. Envíemela.

—Y ahora que lo recuerdo —prosiguió el empleado—, esta tarde vino, un hombre de la «Acme», la empresa dedicada al alquiler de automóviles, que quería entrevistarse con usted.

—¿Ha venido? Muy bien. ¡Ya era hora de que respondiesen a mi petición!

Tenía el corazón angustiado cuando me dirigí al ascensor. Cuando abrí la puerta de mi habitación, el teléfono estaba repiqueteando. Lo recogí y pronuncié mi nombre. Una voz colérica farfulló al otro extremo del hilo:

—Llama la compañía alquiladora de automóviles «Acme», señor Drayton. Acabamos de recibir noticias de la policía de Vermont. Nos dice que el automóvil nuestro que usted alquiló está voleado en una cuneta. No puedo comprender por qué no nos avisó usted. Salvo el caso de que nos ofrezca unas razones convincentes, se verá obligado a pagar una importante compensación, señor Drayton. Y no olvide que ya nos debe ciento setenta y cinco dólares por alquiler del vehículo, aparte de las reparaciones. Lo primero que haré mañana por la mañana será ir a ver a usted para cobrar el importe de su deuda. Y le advierto, señor Drayton…

No quise escuchar más. Colgué el receptor. Sí, aquel hombre tenía motivos para indignarse, pero yo también tenía mis angustias y mis complicaciones propias. Se produjo una llamada a la puerta y un botones entró. Llevaba en las manos una bandeja de plata, encima de la cual había un papel doblado. Era mi

factura por la estancia en el hotel. Importaba ciento cincuenta dólares. Las dos deudas, la del hotel y la del alquiler del automóvil, sumaban trescientos veinticinco dólares. ¡Y yo tenía menos de doscientos!

—Oye, muchacho—dije al botones—. ¿Por qué diablos me presentáis la factura cuando no he anunciado que vaya a marcharme?

—Verá usted, señor —respondió el muchacho—. Muy frecuentemente, cuando algún cliente toma una habitación por una semana y luego decide quedarse aquí más tiempo, eso significa que no tiene dinero para pagar la primera semana de estancia y que quiere ganar tiempo hasta hallar una ocasión de desaparecer. La dirección ha sido engañada tantas veces por este procedimiento, que ahora pide a sus clientes que liquiden los primeros días de alojamiento antes de prolongar su estancia.

—La dirección es muy ingeniosa —gruñí—. ¡Largo de aquí, muchacho!

Miré a mi alrededor para ver mis pertenencias. Afortunadamente, soy hombre que viaja sin muchos engorros. Y habiendo enviado al quitamanchas mi traje manchado de pescado, quedaba muy poco de valor en la estancia: la maleta de piel de cerdo, unas cuantas camisas y un par de cepillos con lomo de plata.

Hice un paquete con las camisas y algunas otras pequeñeces, escribí en él mi dirección de Nueva Orleans, y llamé al botones para ordenarle que hiciese el envío. Después, me puse el sombrero y el impermeable, me guardé en un bolsillo la máquina y los demás utensilios de afeitar y salí del hotel para siempre. La dirección se vería forzada a vender mi maleta de piel de cerdo para recobrar una parte del dinero que quedaba en descubierto, según supuse. Me dolería perderla, pero ¿qué otra cosa podría hacer? Entre tanto, esperaba que las cosas se arreglasen antes de que hubiese transcurrido mucho tiempo, y que entonces me fuese posible saldar el débito.

La noche se extendía ante mí y yo carecía de lugar a donde ir. Pero en Nueva York no es necesario dormir. Siempre hay algún bar o algún cine que están abiertos toda la noche. Y, como último recurso, siempre hay un banco desocupado en el Central Park. Decidí que lo mejor que podría hacer sería volver a «El Siglo XX», en la calle 42, donde acaso tuviera la suerte de hallar de nuevo a Irma Svenson. Había algunas cuestiones respecto a las que deseaba formular unas preguntas a tal dama. Pero cuando volvía en aquella dirección, me di cuenta de que no había comido desde hacía mucho tiempo y de que, en el caso de que me esperase toda una noche en que habría de beber de modo abundante, no estaría en situación de plantear preguntas a nadie.

En aquel preciso momento, me llegó hasta la nariz el aroma de la comida, aroma que procedía de la acera del otro lado de la calle. La fuente del olor era un pequeño establecimiento italiano en el que había unas mesas cubiertas de manteles cuadriculados y colocadas en discretos rincones. Como respuesta a la llamada de mi estómago, entré en el establecimiento.

Una *signora* matronil se acercó, me señaló una mesa y transmitió mi petición de un gran bisté con mucha cebolla y un vaso grande de cerveza. Pero antes insistió en que matase el agudo filo de mi apetito por medio de un plato de «spaghetti». Y mientras manejaba torpemente el tenedor para enredar en él la difícil comida, me recliné en el respaldo de la silla y descansé por primera vez desde hacía muchas horas.

El establecimiento estaba envuelto en tranquilidad y todos los restantes comensales se hallaban fuera de mi vista. Un obscuro murmullo de voces me indicó que la mesa que estaba detrás de la mía se hallaba ocupada. La *signora* se acercó, recogió mi plato vacío y se dirigió a la mesa que estaba detrás de mí.

—¿Qué más desea usted tomar? —preguntó al parroquiano.

—Creo que una ración de «apfestrudel» —respondió un hombre.

Mi atención despertó instantáneamente. No había razón de ninguna clase que impidiese a aquel hombre pedir un plato de «apfestrudel». ¿No estamos en un país libre? Pero la voz que había expresado aquel deseo era conocida. La última vez que la había oído, fue cuando me hallaba en el camión que apestaba a olor a pescado. En aquella ocasión, tal voz había articulado estas palabras: «Estáte quieto, hermano. Estás de espaldas a la luz».

Y cuando la voz del acompañante de aquel hombre sonó para expresar que también él tomaría «apfestrudel», supe que no me había engañado.

Había tomado la mitad del bisté sin apenas saborearlo, cuando los dos hombres se levantaron, pagaron la cuenta y se dirigieron hacia la salida. No me había sido posible observar con atención sus rostros durante la lucha que se produjo en el camión y sus inmediaciones, pero su silueta me era familiar. Los dejé salir a la calle, arrojé unas monedas sobre la mesa y salí tras ellos. Las protestas de la *signora*, que decía que no había terminado mi deliciosa comida, sonaron en mis oídos mientras trasponía la puerta.

Los dos personajes marchaban calle 42 abajo conversando en voz baja. Se introdujeron en una calle lateral, e hice lo mismo. Cuando habían llegado a mitad de la calle, se detuvieron ante un hotel pequeño, insignificante, un hotel que en realidad no debía ser más que una casa de huéspedes. Subieron las escaleras, los vi desaparecer tras una puerta que estaba a la izquierda del descansillo.

El hotel estaba situado en una esquina. Su costado izquierdo daba a una calle estrecha. Supuse que la habitación en que los dos hombres habían entrado tendría una ventana que se abriese a aquella calle. Di vuelta, en dirección a la estrecha calle, y pude ver que uno de los dos hombres se hallaba tras la ventana y cerraba las cortinas.

Tomé una rápida decisión. Un canalón de desagüe corría por la fachada y pasaba junto al lado derecho de la ventana. Después de haber mirado a mi alrededor, comencé a trepar por él. El corazón pareció querer saltárseme del pecho cuando el canalón cedió varias pulgadas. Pude llegar más arriba y asirme al saliente de la ventana. Me elevó y llegué a sentarme en el saliente, que solamente tenía una anchura de muy pocas pulgadas. Me puse cautamente en pie y me agarré al marco de la ventana.

El que cerró las cortinas no lo había hecho de manera perfecta. Había en ellas una abertura de dos pulgadas que me permitía ver el interior de la estancia. Era una habitación pobremente amueblada con artefactos baratos de hotel de tercera clase. Los dos hombres se hallaban sentados uno a cada lado de una mesa que estaba en el centro de la estancia. Uno de ellos era voluminoso y tenía rostro de boxeador, brutal y torpe, que hubiera sido muy aporreado. El otro era delgado, moreno, con nariz ganchuda y ojos demasiado juntos. La ventana tenía abierta una pequeña rendija, por lo que sus voces llegaban con claridad hasta mí. Estaba hablando el hombre grueso, y no pude reprimir una sonrisa burlona, a pesar de lo peligroso de mi situación, al observar que su voz semejaba el chirrido que produce un clavo al frotar una pizarra vieja. Su acompañante era el hombre que tenía tono profundo y autoritario.

—¿Qué hay del grabado, Lenny? —estaba diciendo con voz quejosa y suplicante el hombre grueso.

—¿Cómo quieres que haya grabado mientras las cosas no hayan sido colocadas? —replicó el otro hombre.

—No importa que estén o no estén colocadas. Dame mi parte del hielo y yo me las arreglaré como pueda —replicó el grueso.

La palabra hielo, fué la única que parecía tener sentido. No entendí ni una

sola más de las que pronunciaron. Resultaba claro que aquellos dos hombres eran dos ladrones de baja estofa y que no tenían relación de ninguna clase con el asunto de Connor y Calthorpe. Si se hallaban aquella noche en el interior del camión, habría sido por razones propias. Y parecía que las razones eran los diamantes. Recordé el párrafo de la información periodística que hablaba de la desaparición de un bacalao, y al mismo tiempo, recordé algo que había oído en un bar antes de la interrupción de mis vacaciones, algo a lo que no había prestado atención… porque estaba en vacaciones.

Un antiguo compañero mío, reportero de la policía de Nueva York, me había hablado de la ola de contrabando de diamantes que estaba llenando de preocupación a las autoridades de las aduanas, a la policía y al F. B. I. La teoría de mi informante era que el contrabando era desembarcado en los pequeños puertos de pesca de Nueva Inglaterra, entre el hielo y el pescado, y luego enviado al resto de la nación por los medios normales de transporte. Supuse que no estaba fuera de los límites de lo razonable la posibilidad de que los contrabandistas introdujesen los diamantes en algún bacalao y lo enviasen a Nueva York, donde debía ser entregado a su destinatario.

Y, según me pareció apreciar, Lenny y su compañero debían de haber adquirido conocimiento del contrabando y se propusieron aprovecharse de una parte de sus beneficios. Era esta la causa de que hubiesen entrado secretamente en el camión. Y cuando yo subí al vehículo, estaban esperando la ocasión de apoderarse de lo que les interesaba. Esto explicaba el disgusto que les produjo la llegada de Dixon, el falso miembro del F. B. I. ¿Qué papel desempeñaba Dixon en todo aquello? me pregunté. ¿Intentaba oponerse al acto de Lenny y hacerle traición, o era uno de los que componían la cuadrilla que introducía los diamantes en el vientre de los bacalaos antes de pasarlos de contrabando a la nación?

Pero hube de aplazar la respuesta a estas preguntas para más tarde, con el fin de poder concentrar toda la atención en la comedia que se representaba en la habitación que tenía ante mí. El hombre grueso se había puesto en pie y aporreaba la mesa con los cerrados puños.

—¡Me prometiste cincuenta y cinco! Y quiero ahora mismo mi parte, antes de que me hagas traición —gritó.

—Siéntate, Slapsy, y no hagas tanto ruido —replicó con calma Lenny—. ¿Crees que quiero que vayas por las calles de Nueva York con cincuenta y cinco diamantes robados en la cartera? Eres demasiado torpe, Slapsy, no sabes proceder como yo. En beneficio tuvo, déjame que me encargue de convertir los diamantes en dinero para ti. ¡Tú lo echarías todo a perder!

Slapsy estaba indignado.

—¡No lo echaría a perder! —gimió—. Tengo tanta habilidad como tú. Dame mi parte. Eso es lo que quiero.

Lenny estaba pálido de rabia y se había puesto en pie.

—¡No puedo dártela, buey imbécil! —gritó—. No puedo correr el riesgo de que andes de un lado para otro con los diamantes y nos descubran. Eres tan torpe, que no sería extraño que intentases venderlos en el mismo cuartelillo de la policía.

Slapsy se inclinó sobre la mesa y agarró a Lenny de la pechera de la camisa.

—¡No te permitiré que me hagas ni una sola jugarreta más! No te parecí tan torpe cuando ataqué al conductor del camión en la carretera porque tú me lo ordenaste. No te parecí tan torpe cuando tiré al hombre del F. B. I. y puse en marcha el camión Pero tú siempre te estás ensañando conmigo y diciendo que soy muy torpe. ¡Como si tú fueras muy listo, Lenny!

—¡Suéltame!

—No te soltaré hasta que haya concluido. Creíste que podrías engañarme, ¿eh? Creíste que soy tan torpe, que podrías quedarte con todo el botín sin darme mi parte. Eso demuestra lo muy torpe que *eres tú*. Porque si hubieras cumplido tu palabra, me habría conformado con la mitad. Pero ahora, ¡voy a quedarme con todo!

Y zarandeó al otro hombre y luego le dió un empujón y un golpe que lo hicieron retroceder de modo tambaleante basta chocar con la pared. Slapsy se agachó para tirar de una de las maletas que asomaban por debajo de una de las camas y abrió la tapa. Lenny estaba apoyado en la pared más distante. Vi su furtivo movimiento, pero Slapsy no lo vio. La mano de Lenny se dirigió hacia su cadera. Y cuando reapareció, había una pistola en ella. La pistola rugió dos veces y Slapsy exhaló un gemido y cayó patiabierto sobre la maleta.

Volviéndose a guardar el arma en el mismo bolsillo, Lenny se acercó a donde Slapsy se hallaba y lo retiró de encima de la maleta. Metió la mano en el interior y vi que trasladaba al bolso de su chaqueta un algo resplandeciente. Cuando se enderezó, sonaban pasos en las escaleras y sonó una llamada a la puerta que fué seguida de muchos gritos. Lenny miró desesperadamente a su alrededor. Se llevó la mano al bolsillo en que guardaba la pistola, y creí que tendría intención de disparar contra las personas que se hallaban al otro lado de la puerta. Luego, pareció arrepentirse y se aproximó a la ventana. Unos segundos más tarde, cuando hubiera descorrido las cortinas, me vería en el saliente de la ventana. Yo sería un buen blanco para sus disparos.

Me encogí hacia un lado y así el canalón con ambas manos. Tenía los pies colgantes en el espacio cuando la luz brotó del interior e iluminó una parte de la calle y principalmente el lugar en que me había hallado unos instantes untes. Oí el chirrido que produjo la vieja ventana cuando el hombre la empujó hacia arriba y, al mismo tiempo, trepé a mayor altura para situarme sobre la abertura.

Al mirar hacia abajo, vi la cabeza de Lenny y luego los hombros, que surgían. Lenny miró calle arriba y calle abajo. Había llegado mi ocasión. Me balanceé un poco y apoyé el pie en la parte inferior de la levantada guillotina de la ventana. Cargué todo el peso del cuerpo sobre el pie y la ventana se deslizó hacia abajo y aprisionó a Lenny por la mitad del cuerpo, como si fuera un cepo. Lenny lanzó un grito de temor y quedó retorciéndose desesperadamente, con medio cuerpo fuera de la habitación y el otro medio dentro, atrapado como un gusano por las pinzas de un hombre de ciencia.

En aquel momento, sonó un estrépito dentro de la habitación, estrépito que me indicó que quienes acudieron con el fin de averiguar las causas y los efectos de los disparos, habían logrado derribar la puerta de entrada. Me deslicé hacia abajo por el canalón y corrí cuando hube llegado a la acera de la calle. No quería explicar la parte que había tomado en aquella cuestión. No quería complicaciones de ningún género.

CAPÍTULO IX

Tomé la dirección de «El Siglo XX». La rubia que parecía confeccionada a máquina se hallaba todavía en el fondo del bar. Me instalé en un taburete y le dirigí una sonrisa. No produjo efecto. La rubia no movió ni un solo músculo de su indiferente rostro.

—Deme un *whisky* —dije—. Y sírvase lo que quiera, joven.

Me entregó el vaso de *whisky*, es cierto. Esto fué todo.

—Dije que tomase usted lo que quisiera —le recordé.

—No se me permite beber con los clientes —me dijo con voz de la cual podrían haberse cortado carámbanos de hielo.

Puse sobre el mostrador un billete de diez dólares.

—Guárdese eso en el ceñidor, monada, e intente comportarse como un ser humano. ¿Me hará ese favor?

La rubia cogió el billete, lo dobló y lo introdujo por el cuello de su blanco vestido.

—Soy humana —dijo—. ¿Qué quiere usted?

—Quiero hablar. Nada más —respondí—. Se encuentra uno muy solo cuando se sienta aquí, y sólo puede hacer una cosa: beber.

—¿Hay algo especial de lo cual quiera usted hablar? ¿Qué es?

—Hablemos de Irma Svenson, por ejemplo —sugerí.

—Ya le dije antes que no hablo acerca de los clientes de la casa. Por otra parte, nada tengo que decir acerca de Irma Svenson —contestó—. Solía venir muchas veces con Frank Connor. Ahora ya no viene con tanta frecuencia, y cuando lo hace, viene sola. Creo que quiere mucho a Connor y que se ha asustado al ver que ha perdido su puesto.

—Es posible —dije.

—La señora con quien estuvo usted esta noche —continuó la rubia—, parece haber aceptado los acontecimientos con mucha tranquilidad. Me refiero a la señora Calthorpe. Volvió a venir más tarde Con un nuevo admirador. Un hombre llamado Finlay Sandron. Tiene un Club nocturno en Broadway. Me parece una cosa pintoresca. Jamás habría creído que ese hombre pudiera ser «su tipo». Pero nunca sabemos nada de los gustos de los demás.

—¿Cuánto tiempo hace que vino con Sandron? —pregunté.

La rubia se miró el diminuto reloj ornado de diamantes que llevaba pendiente del cuello.

—Alrededor de media hora —respondió.

—¿A dónde fueron después? —pregunté.

La rubia me miró de modo pícaro.

—Lo que usted suponga valdrá tanto como lo que yo pueda suponer —respondió—. Si le dijese lo que supongo, podría calificarme de difamadora.

Terminé la bebida, coloqué sobre el mostrador otro billete de diez dólares y dije a la rubia que se guardase el cambio. Luego descendí del taburete y me hundí en las tinieblas de la noche. La esposa de Calthorpe estaba de acuerdo con Sandron, el agente del círculo de espionaje. Supuse que era algo con lo que el F. B. I. no había contado.

Todavía no había decidido cómo debía conducirme ni qué habría de hacer cuando me detuve ante la puerta de la residencia de Paulina Calthorpe. Cuando estaba dudando al pie del escalón, la ventana acristalada que había en la parte superior de la puerta se iluminó por efecto de la luz que se había encendido en el interior de la casa. Me coloqué en el rincón que se formaba en la puerta de la tienda inmediata y pude ver que Paulina salía de su casa en unión de un hombre de fuerte constitución y silencioso a quien no reconocí, mas que supuse que sería Finlay Sandron. Pasaron ante mí camino de la calle 42, donde Sandron detuvo un taxi. Cuando entraban en el vehículo, llamé a otro y dije al conductor que siguiera al que nos precedía.

Sandron y Paulina me condujeron al Central Park. Cuando nos hallábamos en la parte más densamente poblada de arbolado, el vehículo que iba delante se detuvo. El mío hizo lo propio. Pagué al conductor y lo despedí.

Cuando el automóvil se alejaba, salí de la carretera y me dirigí a donde se

hallaba el automóvil que precedió al mío. Paulina acababa de descender seguida de Sandron. Este despidió también a su conductor, quien a su vez, se alejó de allí. Durante un momento, vi la mancha de una sombra en la carretera. Después, la sombra se dividió en dos. Sandron se dirigió al borde de la carretera y se perdió entre los árboles en tanto que Paulina se acercaba a un banco del lugar más próximo a mí y tomaba asiento.

Me acerqué subrepticiamente un poco más. Finalmente, me hallé muy cerca de ella y oculto tras una espesa mata de laurel. El agua caía en gotas de las ramas que estaban sobre mi cabeza y corría por mi nuca. Una araña parecía estar tejiendo su tela sobre mis cejas. Pero no me moví por miedo a producir ruidos. Algo que me pareció una hormiga gigantesca trepaba por mi pierna. Llegó más arriba del calcetín y comenzó a correr por la pantorrilla. Esperé que no experimentaría necesidad de estornudar. En aquel momento, me encontraba dispuesto a marchar de allí, a ir a la cárcel como consecuencia de la deuda del hotel y de los desperfectos del automóvil, a echar todo a los diablos a cambio de darme el gusto de fumar un cigarrillo. Oí entonces unos pasos que sonaban con lentitud y firmeza en la carretera, en el punto por donde habían desaparecido los dos automóviles

Un vagabundo marchaba por el centro de la carretera, mirando a derecha e izquierda, como si buscase un banco que pudiera servirle de lecho para pasar la noche. Llegó delante de donde me hallaba se volvió y se encaminó hacia el asiento que Paulina ocupaba. Los opacos rayos de una lejana lámpara cayeron sobre la inafeitada barba que brotaba en el rostro de Everett Calthorpe.

Paulina se puso en pie y emitió una breve exclamación de sorpresa.

—¡Everett! —murmuró.

—¡Paulina! ¿Qué diablos haces aquí?

—Recibí una nota —dijo ella—. Estaba torpemente escrita y firmada por «un buenqueriente». La nota me decía que estuviese aquí a esta hora si quería verte.

Everett había tomado entre los brazos a su esposa. Pero aun cuando su voz estuviese impregnada de ternura, hubo en ella un acento de ansiedad.

—Hiciste mal viniendo —dijo—. Podría ser una celada… Vete ahora mismo, querida, antes de que vengan los que te hayan avisado.

—¿Quiénes? ¿Quiénes podrían haberlo hecho? —preguntó ella.

—No puedo decirlo —susurró Everett—. Algún día te lo explicaré.

Ella se separó de él.

—¡Creo que tengo derecho a exigir una explicación ahora mismo! —dijo—. ¿No confías en mí? ¿Qué te propones? ¿No te has dado cuenta de que el escándalo que se ha producido podría servirme de motivo para pedir un divorcio?

—No puedo decírtelo —replicó, con voz preñada de angustia, Everett!

Paulina se indignó.

—Podrá haber habido un riesgo en mi venida aquí esta noche —dijo—. La única razón de que me decidiese a venir fué que esperaba que pudieras ofrecerme alguna explicación. Pero todo parece indicar que has desertado de tu puesto de trabajo y de mí para vender los secretos del Estado. ¡Hemos terminado! Everett Calthorpe, nada hay ya entre nosotros.

Y se volvió de espaldas, pero el hombre la cogió de una mano.

—Espera, querida —dijo, con voz sibilante—. No puedo permitir que lo creas. Estoy cumpliendo una misión del Departamento. Intento establecer contacto con una vasta organización de espionaje. ¿Querrás creerme y marcharle?

—¿Es verdad lo que has dicho, Everett?
—¡Lo juro por nuestro amor!
Ella se enderezó sobre las puntas de los pies y lo besó.
—Te creo —susurró—. Y me enorgullezco de ti.
Y un momento más tarde había desaparecido entre la obscuridad. Everett se dejó caer en el banco que ella había abandonado y exhaló un suspiro. Después, se volvió al oír sonido de pasos en la misma dirección por donde él había llegado. Otro vagabundo se presentó: Frank Connor. En aquel instante, la figura de Sandron se destacó de entre las sombras de los árboles del otro lado y comenzó a cruzar la carretera.
Sandron dijo:
—Dixon debe llegar dentro de pocos minutos.
¡Dixon! ¡El falso miembro del F. B. I.! Yo estaba seguro que la conversación susurrada entre Calthorpe y su esposa no pudo haber sido percibida por más oídos que los míos. Sandron había estado demasiado lejos del lugar, al otro lado de la carretera. Pero también tuve seguridad completa de que Paulina no perdería tiempo para informar a la organización de espionaje de que sabía que Calthorpe y Connor obedecían órdenes dictadas por el Departamento de Estado. Había sido una gran sorpresa para mí la revelación de que la bella esposa de Calthorpe trabajaba para los contrarios de su marido, pero esta era la única explicación que podía tenerse de lo sucedido. Su historia de que había recibido una nota firmada por «un bienqueriente» era falsa y no habría servido para engañar a nadie sino a aquel esposo tan ciegamente enamorado. El encuentro había sido preparado por Sandron, que había llevado personalmente a la mujer al punto en que debía celebrarse.
Después de unos momentos de meditación, llegué al convencimiento de que no era una cosa tan extraña como me pareció en los primeros minutos. Recordaba haber leído en los periódicos, que Calthorpe había casado cuando realizaba un viaje diplomático por Europa. ¿Qué medio mejor podría encontrar una mujer para lograr la ciudadanía de los Estados Unidos y al mismo tiempo para colocarse en situación que le permitiese enterarse de ciertos secretos de Estado, qué mejor medió, digo, podría hallar que casarse con un oficial del Departamento?
Yo debía marchar de allí e impedir que Paulina Calthorpe hablase, puesto que las revelaciones de esta mujer destruirían no sólo el proyecto tan cuidadosamente fraguado por el Departamento de Estado y el F. B. I., sino que pondrían en grave peligro a su propio esposo y a Frank Connor.
Volví atrás y llegué de nuevo a la tupida vegetación, con lo que me alejé del banco en cuyas proximidades iba a celebrarse el encuentro. Repentinamente, sonó un ruido que semejó el eco de un disparo. Comprendí demasiado tarde que había cargado el peso de mi cuerpo sobre una rama podrida que estaba oculta entre la alta hierba. Se produjeron unos gritos de sorpresa en la carretera y el ruido que alguien ocasionó al correr detrás de mí entre la vegetación. Despreciando los cuidados, me lancé a correr hacia delante. Las ramas latiguearon mi rostro y las zarzas me arañaron los mazos y las piernas. Un revólver «ladró» detrás de mí, pero comprendí que mi perseguidor disparaba al azar y no sabía la dirección que yo había tomado. Los árboles se espaciaron más y más ante mí, y me hallé corriendo sobre un terreno cubierto de hierba corta y liso. Y esto representaba un peligro para mí, puesto que cielo se había aclarado y la luna derramaba sobre la tierra una luz brillante. Yo constituía en aquellas circunstancias un blanco perfectamente visible.
Continué corriendo y describiendo ángulos rectos en mi carrera. Un grupo de árboles quedó entre mí y el lugar de mi procedencia. Cuando hube recorrido

cien metros más, me hallé sobre la firme superficie de una carretera. No sonaba ningún ruido de persecución. Supuse que Sandron no querría llamar la atención persiguiéndome de modo declarado y descubierto. Reduje la velocidad de mi carrera hasta continuar marchando a paso de paseo cuando vi que las luces de un automóvil se aproximaron. Cuando me hallé más cerca, el auto se detuvo. Ofuscado y cegado por el resplandor de los faros, pude percibir la presencia de unos ojos a los que no podía ver, ojos que me vigilaban desde el interior del vehículo, intenté continuar andando de manera fingidamente despreocupada, mas cuando llegué a su lado, la puerta del automóvil se abrió y una cabeza asomó por la abertura. Bajo la cabeza había una mano, y la mano oprimía una pistola.

—Volvemos a encontrarnos —dijo el propietario de la cabeza.

Era un antiguo compañero mío, el falso «G-man»: Dixon.

CAPÍTULO X

Dixon, precedido por la pistola, descendió del automóvil. Me retiré y comencé a caminar sobre la hierba. Y al hacerlo, estuve a punto de caer a tierra. El cordón de uno de mis zapatos se había desatado durante la carrera anterior.

Dixon dijo:

—Vuélvase y continúe marchando, hermano, de espaldas al sitio de donde viene.

Seguí alejándome de él y dije con voz fingidamente asustada:

—Oiga, señor Dixon, ¿por qué me apunta usted con esa pistola? No he hecho nada.

—¡Váyase! —dijo de modo autoritario.

Me detuve. Estábamos separados por una distancia de dos o tres metros, y yo tenía el talón izquierdo fuera del zapato. Repentinamente, estiré la pierna al mismo tiempo que me retiraba hacia un lado. El pesado zapato de piel voló para caer con la rectitud de una flecha sobre la cabeza de Dixon. El «ladrido» de su pistola quebrantó el silencio y percibí junto a mi oído el silbido de una bala. Dixon retrocedió un paso y se llevó la mano a una contusión que tenía en la frente. Yo me arrojé contra sus piernas como suelen hacerlo los jugadores de rugby para derribar a un contrario. Sabía que aquella pelea había de terminar con rapidez, pues el disparo de Dixon atraería a Sandron, que llegaría corriendo… y disparando. El choque de mis hombros contra los piernas de Dixon lo hizo caer a tierra. Me lancé sobre su postrado cuerpo para arrebatarle la pistola que tenía en la mano derecha. Con una de las mías le agarré la muñeca izquierda mientras con la otra intentaba hallar un punto vulnerable en su guardia para descargarle un golpe en el mentón. Pero Dixon se protegía la barbilla con un antebrazo que parecía de hierro al mismo tiempo que me clavaba los dedos en la garganta. Con un convulsivo impulso, rodé para librarme de su presión mientras le retorcía el brazo derecho. La mano que llevaba la pistola quedó oprimida contra tierra por mi vientre. Durante un momento, pude verle con claridad la cara a la luz de la luna. Retiré hacía atrás el brazo y dejé caer el puño con fuerza sobre aquel rostro. Se produjo un rugido ahogado, y, de pronto, me pareció que me hallaba tumbado cara abajo sobre un volcán en erupción. Experimenté la misma impresión que si alguien me hubiera apoyado en el estómago, un hierro candente.

Oí gritos en aquel momento, gritos seguidos por el repiqueteo de una pistola a mis espaldas. Supe entonces que Sandron había salido de entre la arboleda.

Me separé de Dixon, que estaba inconsciente, y bajé la mirada hacia mi vientre. La bala había trazado un surco sobre mi piel. Era solamente una herida superficial, pero dolía como cien mil pares de demonios. Las heridas superficiales son siempre las que duelen más. Tenía la camisa chamuscada y desgarrada y comenzaba a empaparse en sangre. Me puse en pie de modo tambaleante, así a Dixon por debajo de los hombros y comencé a arrastrarlo en dirección al automóvil. Pero Sandron se hallaba tan sólo a cincuenta metros de distancia y su disparo siguiente pasó demasiado cerca del blanco propuesto para que fuese tranquilizador. Abandoné la carga y me lancé hacia el automóvil, lo puse en marcha, lo volví atrás y comencé a correr para alejarme del parque.

Sonó un disparo más. El cristal posterior se rompió en millares de fragmentos. Me introduje en la zona poblada de hierba. Otro disparo sonó detrás de mí. El ruido que sonó me indicó que Sandron había logrado reventar una cubierta trasera. Comprendí que no podría marchar por la carretera. Un árbol que surgió de entre las sombras de la noche chocó contra el radiador. Salté al exterior del vehículo y busqué la protección de unas altas matas que formaban un seto. La pistola de Sandron habló de nuevo, pero la distancia era demasiado larga y la luz demasiado escasa para que sus disparos pudieran producir nuevos efectos. Me guarecí entre la vegetación y me guardé el estómago con el antebrazo contra las ramas bajas.

No sé cuanto tiempo caminé con la cabeza baja, cojeando, calzado sólo con un zapato, pero unas luces que brotaron repentinamente me deslumbraron. Me hallaba junto a las verjas de hierro que cierran el parque. Me acerqué, me agarré a ellas como a los barrotes de una jaula y sollocé en busca de alientos.

Cuando me hube recobrado un poco, miré a través de la verja, hacia arriba y hacia abajo. Era cerca de la hora del amanecer y el parque estaba desierto. Una rama baja y saliente me prestó ayuda para trasponer la verja. Permanecí unos momentos inmóvil e intenté reparar los desperfectos de mi alborotada indumentaria. Me coloqué el nudo de la corbata en el centro del cuello pues lo tenía anteriormente debajo de una oreja, me alisé el cabello y me desempolvé las ropas. Después, comencé a marchar… o más bien, a cojear. Mi pie izquierdo, el que carecía de zapato, estaba arañado y herido como consecuencia de mi carrera a través de la maleza.

Caminé como un animal herido, sin saber a dónde iba, sabiendo solamente que necesitaba hallar refugio. Un guardia de patrulla nocturna me miró de manera regocijada cuando pasé junto a él, pero fingí que estaba un poco borracho… no tanto como para que se sintiese impulsado a llevarme a la prevención, sino un poco, lo suficiente para que sirviese de justificación a mi estado de desaliño.

Después de lo que me pareció muchas horas de caminar por las aceras, me encontré en la calle 42. Y entonces supe a dónde ir. Volví al llegar a una esquina y me detuve ante la residencia de Paulina Calthorpe Puse el dedo en el botón del timbre e hice presión sobre él. Silencio. Repetí la operación, y, al cabo de poco tiempo, un reflejo de luz iluminó los cristales altos de la puerta.

La puerta se abrió solamente una rendija y detrás de ésta apareció el rostro de Paulina. Di un empujón, y logré abrir la puerta por completo.

—¡Hola! —dije.

Paulina se apartó a un lado y tendió un brazo para sujetarme al ver que me tambaleaba.

—Estoy bien —dije—. No tengo nada que no pueda ser remediado con un buen trago.

En tanto que ella volvía a cerrar la puerta, comencé a subir las escaleras.

—No le dije que podría entrar —me dijo Paulina.

—Ya he entrado —respondí sin volver la cabeza. Cuando Paulina me hubo alcanzado, me hallaba a la puerta de su piso.

—No sé por qué lo hago —murmuró mientras se adelantaba a mí para abrir la puerta—. Pero puesto que ya está usted aquí, lo mismo puede quedarse.

Entró en la habitación delante de mí y se volvió parar mirarme. Le devolví la mirada. Se había puesto una bata sobre el camisón. Tenía el cabello suelto y le caía sobre los hombros, pero su maquillaje estaba intacto. Comprendí que todavía no había tenido tiempo de acostarse. Me adelanté un poco.

—¿Está usted herido? —me preguntó.

Por toda respuesta, me despojé del impermeable y me abrí la chaqueta. Paulina empalideció y soltó un grito ahogado cuando vio la línea rojo parduzca que la bala de Dixon me había trazado sobre el estómago. Luego, me ayudó a sentarme en una de sus sillas, abrió más el roto de la camisa, salió de la habitación y regresó unos segundos más tarde con una jofainilla, una esponja, un frasco de un antiséptico y unas vendas. En tanto que me limpiaba la herida, permanecí absorto y silencioso. Me agradaban los movimientos diestros y decididos de sus dedos. Paulina habría servido para enfermera. Acaso lo hubiera sido antes de ser espía.

Finalmente, me colocó una cinta adhesiva en su puesto y levantó la mirada hacia mis ojos.

—¿Cómo se produjo usted eso? —me preguntó.

—Es un regalo de su esposo —respondí. En tanto que ella me miraba con asombro, continué—: Dixon me envió para que pusiera a usted en guardia. Todo se ha descubierto. Su esposo y Connor obedecen órdenes del F. B. I. Comenzaron a tirarnos bolas de plomo cuando Dixon y yo nos presentamos en Central Park. Sandron ha muerto y Dixon logró huir. Dixon me encargó que me llevase usted a presencia del jefe para que pueda informarle y ponerle en guardia.

Y contuve el aliento cuando hube terminado de pronunciar esta sarta de mentiras. ¿Prosperaría mi artimaña? Yo contaba con dos factores que me apoyaban: sabía el nombre de Dixon y había referido la verdad — que ella ya conocía — acerca de su esposo. Y lo hice con el fin de impresionarla y lograr que me creyese.

Ella no apartaba de mi rostro la mirada. Luego, de modo que me pareció incongruente, dijo:

—Siempre utilizo «Sopas Hogmeal».

Pensé durante un momento que se había vuelto loca. Después, comprendí que aquellas palabras representaban una consigna de identificación. Y yo debería tener la respuesta. Aquello era algo que no me era posible fingir. Paulina estaba enrollando las vendas sobrantes y guardándolas en una cajita de hojalata en que había una cruz roja. Me levanté.

—Muy bien, señora —dije—. No conozco la respuesta. Ahora, ¿por qué no me acompaña usted al cuartelillo?

Paulina sacó la mano de la cajita. Y en la palma de aquella mano había entonces una pistola pequeñita, no mayor que un juguete.

—Esto puede parecer un dije —explicó con voz tranquila—. Pero dispara. Y sé bien cómo debo manejarla. Apóyese en la pared.

La pistola estaba firmemente sujeta por su mano. Hice lo que se me ordenaba. Luego, ella se acercó al teléfono y colocó el receptor sobre la mesa en tanto que marcaba un número. A continuación levantó el receptor y se lo colocó junto al oído. Y todo ello, sin dejar de apuntarme con la pistola.

—¿Gregor? —dijo—. Soy Paulina. Venga a mi casa inmediatamente. Se ha

metido un fisgón en nuestros asuntos. Quiero resolver la cuestión —y colgó el receptor—. Primero, apartaremos a usted de nuestro camino. Luego, nos entenderemos con Connor y Calthorpe.

Aquel modo frío de que hablaba de su esposo me estremeció. Ciertamente, no podía esperar clemencia de aquella mujer.

—Gregor Vosco hallará el modo de cerrarle la boca —continuó—. Dentro de una hora, sobre poco más o menos, estará usted en el fondo del río Hudson y con el cuello cortado. ¡Recuerdos a los peces! —rió. Y no fué agradable el sonido de su risa. Vi que tras la dulzura de su rostro había una fría crueldad. En sus ojos resplandeció una luz asesina—. No creo que sea usted un hombre del F. B. I.—añadió—. Supongo que es un periodista fisgón. Esta vez, ha sido más fisgón de lo que sería conveniente para su salud.

—Dígame una cosa antes de que muera, precisa —dije—. ¿Quién dirige su cuadrilla? ¿Dixon? ¿Vosco? ¿Sandron?

Paulina sonrió.

—Ninguno de ellos —dijo—. Todos esos son personajes secundarios. Dixon no tiene tan poca importancia como los otros dos es cierto; es el enlace entre el jefe y los restantes. Y tampoco soy yo la cabeza rectora. Acaso no me cree usted… y no me importa ni un pitoche que me crea o no me crea… pero ni siquiera sé quién es el jefe. Lo único que sé, es como debo enviarle mensajes y recibirlos de él. Eso es todo. No conozco un número de teléfono ni una dirección que puedan orientarme. Absolutamente nada.

—¿Y cómo se pone usted en contacto con él? —pregunté.

Ella rió.

—No creo que haya ninguna razón que me aconseje decírselo —respondió.

—¿Por qué no se pone ahora mismo en contacto con el jefe y le dice lo que sabe acerca de Connor y Calthorpe? —pregunte.

—Habré de esperar hasta mañana —respondió—. Sólo puedo transmitirle mensajes durante el día. Y no sé a dónde habrán llevado Sandron y Dixon a esos dos hombres.

En aquel preciso momento sonó el timbre de la puerta.

—Debe de ser Vosco —dijo Paulina—. Vamos, guapo. Vamos abajo para abrir la puerta.

Salí del piso y comencé a bajar las escaleras sin olvidar que desde una yarda de distancia me apuntaba la boca de una pistola. Un poco antes de llegar a la parte baja, me metí las manos en los bolsillos. La voz de Paulina sonó con la sequedad de un restallido de látigo.

—¡Manos arriba! —dijo.

Obedecí y bajé un par de escaleras más. Al levantar las manos, las tuve cerca de la desnuda lámpara. Apreté los puños y la aporreé con ambos al mismo tiempo. La escalera quedó sumida en una intensa obscuridad. En el mismo instante, me dejé caer al suelo, de modo que rodé , como una pelota las escaleras que aun no había bajado. La pistola de Paulina produjo un disparo que pareció preñado de cólera; pero la bala pasó sobre mí sin dañarme.

Me encontraba ante la puerta. La abrí bruscamente, y la cabeza y los hombros de un hombre asomaron por la abertura. Y también asomó una pistola del calibre 45.

—¿Qué sucede? —gritó el hombre.

Me lancé con todas mis fuerzas contra la puerta para cerrarla. El hombre recibió el golpazo, que lo dejo sin respiración. Al mismo tiempo, descargué un golpe con la mano de canto en su muñeca, precisamente sobre la articulación. Es una artimaña vieja. No produce grandes dolores, pero entumece momentáneamente los tendones de los dedos y obliga a abrir la mano. La mano

de Vosco se abrió, y la pistola cayó ruidosamente al suelo. Cuando se agachaba para recogerla, le di un nuevo golpe, también con la mano de canto mas aquella vez sobre la nuca. Cogí la pistola de debajo de él, corrí a la acera y cerré la puerta en menos tiempo que se trata en decirlo.

Corrí a lo largo de la calle lateral y salí a la Calle 42. Eran las primeras horas de la mañana; pero aquella calle no duerme jamás. Unas cuantas personas salían del «Siglo XX». Dejé de correr seguí caminando a paso normal y me acerqué a ellas con el deseo de no provocar su atención. Marchaban en su mayor parte cogidas del brazo y canturreando. Una mujer quedó atrás, y se introdujo en un bruñido «Chevrolet» que estaba junto al bordillo de la acera. Oí que el motor comenzaba a rugir, y creí que el vehículo se alejaría. Mas no sucedió así, sino que se aproximó más a mí. La cabeza de la mujer asomó por la ventanilla.

—¡Oh, oh! —exclamó la mujer—. ¡Qué aspecto más triste tiene usted, Ricky! Suba, suba al coche, hermano.

Era Irma Svenson.

CAPÍTULO XI

Irma puso el vehículo en dirección oeste.

—¿Con quién ha peleado usted esta vez? —me preguntó.

—Con unos amigos suyos… probablemente —respondí.

Ella se encogió de hombros.

—No tengo amigos que procedan con tanta rudeza —dijo.

La miré de reojo. Era guapa. Tenía una piel pálida y hermosa y en sus ojos según pude ver entonces, había una inclinación de aspecto oriental.

—¿A dónde me lleva usted? —pregunté al fin.

—A mi casa —respondió—. Supongo que no le resultará perjudicial lavarse y peinarse. Y acaso pueda facilitarle un par de zapatos y una camisa limpia.

—¿Qué razones tiene usted para tomarse tantas molestias?

—Atribúyalo a que soy mujer de buen corazón.

Me encogí de hombros y nada más dije. Tengo la creencia de que conviene permitir que los acontecimientos se desarrollen sin impedimentos. Irma se detuvo ante un edificio de la Quinta Avenida.

—Ya hemos llegado, Ricky —dijo.

—¿Cómo sabe usted mi nombre? —pregunté.

—Lo he averiguado —dijo ella—. Me interesa usted. Y por esta razón he hecho averiguaciones.

—¿Tiene usted costumbre de arrojar a la cuneta a todos los hombres que despiertan su interés? —pregunté al mismo tiempo que descendía del automóvil detrás de ella.

—A veces —respondió sonriendo—. Entre y tome una copita —añadió.

El ascensor nos llevó al ático de la casa. El piso estaba lujosamente amueblado. Un bar doméstico ocupaba la mayor parte de una pared; Irma se acercó a él.

—¿*Whisky*? —me preguntó.

—¿Cómo lo ha acertado usted?

—No lo he acertado. Lo sabía.

Cuando hube terminado de beber, me quitó el vaso de la mano.

—¡Vaya si lo deseaba usted! —observó—. El lavabo está allí. Lo digo por si desea asearse.

Seguí la indicación, abrí la puerta, mantuve la cabeza durante cierto, tiempo bajo el caño de agua fría, me lavé la cara y las manos y me encontré muy aliviado. Cuando volví a salir, Irma estaba sentada en el suelo, ante la silla que yo había ocupado. En el brazo de la silla había un nuevo vaso. Ante Irma se hallaban, en el suelo, dos zapatos. Una camisa blanca reposaba en el respaldo del asiento.

—Pruebe a ver si son de su mecida —me dijo.

—¿De quién…? —comencé a decir.

—Eran de Connor —contestó—. Creo que no los necesitará durante cierto tiempo. Solía alojarse aquí a veces, cuando venía a la ciudad.

Me probé en primer lugar los zapatos. Me sentaban bastante bien. Luego, me quité la chaqueta y miré a Irma antes de quitarme la rota camisa por encima de la cabeza.

—¡Adelante! —dijo ella—. ¡No sea vergonzoso! ¡Puedo verle la varonil espalda sin desmayarme!

Me puse la camisa de Connor y me volví. Irma me la abrochó. Cuando hubo terminado, la agarré de las muñecas.

—¿Qué necesita usted saber? —pregunté.

Ella me miró directamente al rostro.

—¿Por qué he de querer o necesitar saber algo? —preguntó—. Tiene una naturaleza mezquina y suspicaz. ¿No puedo proporcionarle unas sencillas ropas sin que piense inmediatamente que necesito algo de usted?

—¿Qué estaba usted haciendo en aquel bosque junto al «Buick» de Connor? —pregunté—. ¿Por qué me hizo caer a la cuneta cuando la seguí?

—¿Quién es que hace preguntas ahora? —dijo—. ¡Creo que es usted quien quiere saber algo! —se dirigió hacia donde se hallaba una cajita de cigarrillos, me arrojó uno y cogió otro para sí. Cuando lo hubo encendido y después de exhalar una nube de humo, añadió—: ¿Fué Finlay Sandron quien le rompió la camisa, Ricky?

—¿Qué sabe usted acerca de Sandron? —pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Muy poco —dijo—. ¿Quién estaba con él cuando se pelearon?

—No he peleado con nadie —respondí—. Me enganché la camisa en un clavo, no sé dónde.

—¡Yaaa! Y luego, se quitó usted el zapato para remachar el clavo. Y se olvidó de volver a ponérselo, supongo —y me entregó la chaqueta—. Podría marcharse —dijo—. No iremos a ninguna parte por el camino que seguimos. O no llegaremos con rapidez. Pero le advierto que hace mal en seguir esa cuestión por cuenta propia. Si necesita ayuda, mi nombre está en el libro.

Le permití ayudarme a ponerme la chaqueta.

—Gracias por las ropas—dije.

Y la miré detenidamente. Y me agradó lo que vi. Luego, me volví y salí de la habitación.

Tomé un automóvil para regresar a la Calle 42 y entré en la tienda inmediata a la residencia de Paulina. Entré en la cabina telefónica, marqué un número y dije:

—Necesito hablar con el señor Mark Williamson. Es un asunto urgente.

Al cabo de unos momentos, la voz de Williamson sonó en el receptor.

—¿Diga?

—Soy Drayton —le dije—. Tengo noticias para usted. La señora Calthorpe pertenece a la organización de espionaje.

—Es demasiado temprano para bromas de esa clase —dijo Williamson.

—No es broma —dije—. Esta misma mañana me ha tenido delante de la boca de su pistola. Y tengo más noticias: Calthorpe le ha revelado lo que está haciendo. Ella no tiene todavía noticias del resto de la organización… según creo. Que yo sepa, todavía está en su casa en unión de un hombre llamado Gregor Vosco. Será conveniente que los detenga usted antes de que hablen.

—¿Dónde está usted, Drayton? —me preguntó Williamson.

—Junto a la casa de la señora Calthorpe —respondí—. Y aquí estaré hasta que vengan ustedes.

—¡Iremos inmediatamente!

Williamson colgó el receptor. Me acerqué al mostrador y pedí una taza de café.

Estaba tomando el caliente líquido cuando Paulina pasó ante la ventana del establecimiento. Iba sola. Descendí del taburete, pagué al encargado del mostrador y la seguí. Paulina se dirigió rectamente a la estación del metro. La seguí tan de cerca como me atreví a hacerlo, y adquirí seguridad de que no se detenía para transmitir a nadie ningún mensaje Cuando llegó el tren, la miré desde detrás del periódico que me había servido para ocultarme a sus miradas. Subí al departamento inmediato y no cesé de vigilarla a través del cristal de la ventana.

Se apeó del tren en Times Square. La seguí en el ascensor y después de que

hubo salido de la estación. Cruzó la plaza a paso vivo, se detuvo ante el quiosco de Jan Weislo, compró una revista y continuó la marcha. Cuando llegué al quiosco, vi que Jan no se hallaba detrás del mostrador. Su puesto estaba ocupado por un muchacho regordete de unos dieciséis años

—¿Dónde está Jan? —pregunté al pasar ante el quisco y sin dejar de mirar a Paulina.

—Está enfermo —respondió el joven—. Soy su sobrino. Me encargó que le substituyese.

Incliné la cabeza y continué detrás de Paulina que dió una vuelta alrededor de la plaza y volvió a entrar en la estación. Aquello no tenía sentido. Pero continué siguiéndola, sin que ella me viera en el andén. Al fin, el tren llegó, y me introduje rápidamente en el departamento inmediato al suyo.

El tren iba lleno de viajeros; hube de permanecer de pie. Repentinamente, el tren dió un vaivén brusco, y dos hombres que se hallaban ante mí se separaron. Y entre sus cabezas pude ver de un modo fugaz la de Gregor Vosco. Por lo visto, no era yo el único que aquella mañana se dedicaba a seguir a los demás.

Se detuvo el tren y muchos de los viajeros que transportaba se apearon. Vosco se adelantó y quedó a mi lado. Llevaba la mano en el bolsillo de la chaqueta, en el exterior del cual se dibujaba la forma de una pistola, con la que me apretaba las costillas.

Reí en su misma cara. El departamento estaba todavía muy lleno de gente.

—No se atrevería usted a utilizar ese «chisme» aquí —dije.

Vasco sonrió.

—Tiene usted razón por completo —respondió—. Pero no vacilaría para utilizarlo en el exterior, en el caso de que, por ejemplo, se apease usted en la misma estación que Paulina. Creí que debía darle a conocer que estoy aquí. Y me parece que lo más prudente que podrá usted hacer será continuar el viaje en este tren.

El tren se detuvo en la estación inmediata y nuevas personas se apearon. Había ya lugar en qué sentarse. Ocupé un asiento en uno de los costados del carruaje y Vosco se instaló en frente de mí. Era una situación grotesca. En un tren subterráneo, en las horas más atrafagadas de la mañana, rodeado de personas, me veía amenazado por un pistolero que se sentaba frente a mí y esperaba asesinarme en el caso de que me apease en la misma estación que Paulina.

Yo sabía que de nada me serviría detener el tren y pedir auxilio. Cuando hubiese explicado la situación, Paulina sabría que era seguida y no me conduciría al jefe del círculo de espionaje, que era lo que esperé que sucedería cuando inicié su persecución. Llegué a la conclusión de que lo único que podría hacer sería responder a la situación que Vosco creaba.

Su mirada se cruzó con la mía cuando el tren se detuvo en la estación de Sugar Hill. Los dos vimos a través del cristal de la ventana que Paulina se levantaba de su asiento.

Me puse en pie.

—Voy a apearme aquí, Vosco —dije.

***

Descendí lentamente y caminé a lo largo del andén y hasta el pie del ascensor a cierta distancia de Paulina. Un estremecimiento me recorrió la espina dorsal al pensar que Vosco me seguía de cerca con el propósito de matarme tan pronto como se le presentase ocasión de hacerlo. Pero pensé que estaba seguro y salvo en tanto que me hallase en la estación. Vosco no

dispararía contra mí hasta que hubiésemos salido a la calle. La escalera parecía moverse de una manera demasiado lenta. Paulina se hallaba casi en la parte más alta y yo me hallaba aun a la mitad de su extensión. Por primer vez me volví para ver dónde estaba Vosco. Se hallaba muy cerca de mí, dos escalones más abajo. Todavía llevaba la mano en el bolsillo del impermeable. Me volví de nuevo. Paulina abandonaba en aquel momento la escalera. Si no me daba prisa, podría perderla en las calles de Harlem, que se hallarían inundadas de gente.

Me encontraba ya a una altura suficiente para que me fuera posible ver la entrada a la estación y, más allá, una parte de la calle. Paulina se había detenido en la acera y levantaba una mano para ordenar al conductor de un automóvil que se detuviese. Y esto me decidió.

Sin volver la cabeza, dije:

—Lo siento mucho, Vosco; pero iré tras ella.

Y comencé a correr hacía el final de la moviente escalera. Oí el ruido de sus pasos cuando corrió detrás de mí. Me pregunté cuándo juzgaría que había llegado el momento conveniente para disparar.

Un automóvil se detuvo delante de Paulina, que se inclinó y dijo algo al conductor. En el momento en que terminaba de hablar comprendí que no importaba que me viese o no. Lo que deseaba conocer ya estaba averiguado. Paulina había dicho al conductor dónde debería llevarla. Subí a todo correr las últimas escaleras y salí a la calle. Vosco estaba sacando del bolsillo la pistola; pero la mía, la que aquella misma mañana le había arrebatado, fué la primera en salir a la luz. Delante de Paulina, el conductor del automóvil, dos oficiales de la estación y otras veinte personas, disparé contra Vosco y le clavé una bala entre los dos ojos. Vosco levantó las manos, retrocedió tambaleándose, cayó y rodo hasta llegar al pie de la escalera.

Las mujeres gritaron. Un oficial de la estación se adelantó; pero se encogió y desapareció cuando le envié un proyectil que pasó silbando sobre su cabeza. Corrí hacia el automóvil, donde Paulina se hallaba inmóvil con un pie en el estribo, y la obligué a entrar en el vehículo, para lo cual la empujé con la punta de la pistola.

—¡Pisa el acelerador, muchacho! —dije al conductor.

Y el aterrorizado hombre puso en marcha el motor, separó el taxi del borde de la acera y corrió calle abajo. Paulina se llevó una mano a la cartera; pero le arranqué ésta de su regazo y la arrojé por la ventanilla. Juzgando por el peso, supuse que en el interior de la cartera se hallaba su pequeña pistola.

Lejos, detrás de nosotros, sonó la sirena de un automóvil de la policía. Miré a Paulina especulativamente.

—Me duele tener que hacerlo —dije al mismo tiempo que descargaba un potente golpe en su barbilla. Ella me dirigió una corta mirada de sorpresa y se derrumbó contra la tapicería del asiento.

Después de haber corrido el cristal de la ventanilla de separación, dije al conductor:

—¿A dónde le dijo la dama que la llevase?

—Calle de Jones, número 106 —respondió el aterrorizado hombre.

El zumbido de la sirena de la policía se hacía más fuerte. Yo no disponía del tiempo necesario para detenerme y explicar a un grupo de policías torpes lo que hacía y por qué lo hacía. Ante mí vi que había un establecimiento de venta de ropas usadas. Dije, al conductor:

—Reduzca la velocidad cuando pase ante esa tienda,



Los muchachos de la prensa lo bombardearon a preguntas.

y corra después todo lo que pueda. Haga lo que le he dicho, y no le haré ningún daño… quizá.

Miré de nuevo a Paulina. Junto a ella, en el asiento, estaba la revista ilustrada que había comprado en Times Square. Era una publicación casi desconocida: «The Tailoring Trade Review». Pensando que no era natural que una dama adquiriese una revista del comercio de sastrería, la guardé en mi bolsillo. La tienda de ropas usadas estaba a la derecha, junto a nosotros. Abrí la puerta del auto y salté a la acera.

—¡A todo correr! —grite al conductor al mismo tiempo que cerraba la puerta de un golpazo.

Cuando retrocedía, vi que el automóvil de la policía daba vuelta a la esquina, demasiado tarde para que sus ocupantes pudieran verme abandonar el automóvil de alquiler. Con la sirena aullando, el vehículo pasó a todo correr en

persecución del taxi y de su inconsciente pasajera

Me introduje en la tienda. Tras la puerta había una gran cantidad de impermeables y de trajes. Así un impermeable amarillento y dije al muchacho que salía de la trastienda arrastrando los pies:

—¿Cuánto?

—Cinco dólares —respondió.

Arrojé un billete al mostrador y me puse el impermeable. Luego, me quité mi sombrero «fedora» y se lo entregué.

—¿Lo cambia por un panamá?

Mi sombrero era bueno. Me había costado mucho dinero. El comerciante accedió con rapidez. Le dije cuál era mi medida y me entregó un panamá. Cuando salía de la tienda, pensaba que mi disfraz no era perfecto, mas que podría serme de utilidad durante cierto tiempo. Los policías buscarían a un hombre con traje claro y sombrero blando, y yo llevaba un impermeable y un sombrero panameño.

Tardé cinco minutos en hallar la calle de Jones, que estaba formada por dos hileras de edificios ruinosos entre las cuales había mujeres sucias y hombres de todos los tonos de color que van desde el moreno hasta el negro. Los chiquillos jugaban con indiferencia entre los montones de basura de las aceras.

El número 106 pertenecía a una casa de tres pisos. La pintura se desprendía de sus ventanas y sus puertas. Pero, a diferencia de las restantes, tenía un aspecto un poco siniestro. Las demás casas tenían la puertas y las ventanas abiertas y podía verse la vida que se desenvolvía en su interior. Miré aquélla de modo pensativo. Un «Cadillac» negro estaba detenido junto a la acera.

Finalmente, llamé a la puerta. Al cabo de un minuto, la puerta se abrió un poco y tras la rendija apareció un rostro negro y brillante.

—¿Qué? —preguntó la persona que la había abierto.

Respiré profundamente y dije:

—¡Siempre utilizo «Sopas Hogmeal»!

En el negro rostro se dibujó una sonrisa.

—¡También yo! —respondió el negro—. ¡Son tan nutritivas y tienen tantas vitaminas B!… ¡Entre, señor! ¡Le estábamos esperando!

CAPÍTULO XII

—¿Me esperaban? —pregunté al mismo tiempo que entraba en el estrecho y obscuro recibidor.

—Sí. Usted viene de parte, del jefe, ¿verdad?

—¡Claro, claro! —respondí de modo presuroso en tanto que miraba a mi alrededor—. Bueno: ¿dónde están todos?

—Arriba —dijo el negro—. Yo le acompañaré.

—Guíeme —dije.

El negro comenzó a subir las estrechas escaleras. Cuando nos hallábamos a mitad de camino, saqué del bolsillo el revólver y descargué con él un golpe en la lanuda cabeza del hombre. Cayó hacia atrás entre mis brazos, sin exhalar ni siquiera un débil murmullo. Lo conduje escaleras abajo y abandoné su cuerpo en el vestíbulo al mismo tiempo que miraba a mi alrededor en busca de algún lugar en que ocultarlo. Había un hueco al pie de las escaleras, fuera de la vista de quien se hallase ante la puerta de entrada, y allá lo llevé y lo dejé con la espalda apoyada en la pared.

Las cosas no presentaban buen aspecto. Yo tenía la esperanza de hallar al

jefe de la cuadrilla de espionaje en aquella casa de Harlem. Pero parecía ser que esperaban la llegada de un mensajero suyo. Me parecía que había cometido un error al intentar acudir tan pronto en auxilio de Connor y Calthorpe. Llegué a la conclusión de que me convendría escapar de allí antes de que pudiera comprometerlos.

Una cosa había hecho que valiese la pena aquella incursión: los policías se habrían apoderado ya de Paulina. Y yo había impedido que ella revelase a los restantes miembros de la cuadrilla lo que había averiguado respecto a los propósitos de su marido durante la noche anterior en el Central Park.

Encogido bajo las escaleras y junto al cuerpo del inconsciente negro, llegué a la conclusión de que lo que más me convendría hacer sería batirme en retirada y continuar la observación de la casa desde la taberna inmediata. En el caso de que Sandron o Dixon hallasen a su portero dormido… ¡bien!, me encontraba dispuesto a permitir que se intrigasen tanto como quisieran.

En aquel momento se abrió una puerta del descansillo alto y alguien gritó:

—¡Jigs! ¿Qué diablos haces? ¿No has salido a abrir la puerta?

Contuve la respiración. Sandron bajaba las escaleras. Se hallaba ya sobre mi cabeza.

—¡Ese negro inútil! —iba murmurando—. Supongo que estará dormido o borracho. ¡Espera hasta que te ponga la mano encima! —llegó al final de las escaleras y gritó de nuevo—: ¡Jigs! ¡Ven aquí, holgazán!

Saqué la pistola. Tenía seguridad de que Sandron se aproximaría a mí en busca de su portero negro. Me maldije por haberme metido en aquella cuestión y por haber empeorado la situación en que se hallaban los dos oficiales del Departamento de Estado.

Pero en aquel mismo instante se produjo una violenta llamada a la puerta. Maldiciendo en voz baja, Sandron se dirigió a abrirla. Alguien dijo con acento italiano:

—¡Siempre utilizo «Sopas McDougal»!

—Yo también —respondió Sandron—. ¡Son tan nutritivas y contienen tantas vitaminas B!…

—Vengo de parte del jefe —dijo el que había hablado primero—. Tiene usted que unirse a los dos hombres del Departamento de Estado y acompañarme.

—Están arriba—dijo Sandron—. Vamos.

La puerta se cerró y los dos hombres comenzaron a subir las escaleras. Se produjo una corta pausa, a la que siguió el ruido que ocasionaban los pies de las diversas personas que descendían. Miré desde mi escondite y pude ver que en el vestíbulo se hallaban reunidos Dixon, Sandron, un hombre moreno y huesudo, que supuse que sería el enviado del jefe, Connor y Calthorpe. Dixon tenía la mano sobre el picaporte de la puerta cuando Connor habló:

—Esperen un momento —dijo—. ¿Quieren ustedes que los tomen por una partida de imbéciles?

Vi que Calthorpe palidecía y miraba desconcertadamente a su compañero.

—¿Qué quiere usted dar a entender con esa tontería? —preguntó en el acto Dixon.

Connor sonrió de modo burlón.

—¿No han pensado ustedes ni siquiera durante un momento que nosotros podríamos ser unos empleados del Departamento de Estado destinados a embaucarles?

Se produjo un silencio aturdido. Luego, Calthorpe estalló:

—¡Maldito granuja! —gritó al mismo tiempo que se arrojaba contra Connor.

Sandron lo apartó y en el mismo instante una pistola se presentó en la mano de Dixon.

—¡Oigamos todo eso! —dijo Dixon.

Retirándose de Calthorpe, con las manos cogidas por las de Sandron y con la pistola de Dixon ante el pecho, Connor continuó:

—Nuestra desaparición de Washington fué una ingeniosa idea del F. B. I. y del Departamento de Estado. Hemos estado, engañándoles a ustedes durante cierto tiempo con esa cuestión de los documentos desaparecidos. Jamás hemos tenido documentos de ninguna clase. ¡Salimos de Washington con la bendición del tío Sam!

El italiano saltó contra Connor.

—¡Dejadme machacar a esa rata traidora! —gritó.

La voz tranquila de Dixon le interrumpió:

—Tómalo con calma, Luigi. Creo que el señor Connor no nos ha dicho aún todo lo que tiene que decirnos.

—Tiene usted razón, Dixon. Aun no he concluido. Escuchen. El F. B. I. no nos ha perdido de vista desde que desaparecimos de Washington. Todo eso de que nos hallábamos en el Canadá ha sido un artificio para desviar la atención de los informadores de la prensa. Lo que se persigue es hallar al jefe de la organización de ustedes por mediación nuestra. No lo sé con seguridad; pero no extrañaría que en estos mismos momentos se encontrase algún «G-man» en el extremo de esta calle. Tan pronto como ustedes nos conduzcan a la presencia de su jefe, aparecerá el F. B. I. para apoderarse de él. El F. B. I. conoce todo su pasado, Sandron. Y es posible que usted también esté registrado en sus archivos, Dixon.

—No se preocupe —dijo Dixon—. No verá usted a ningún jefe. Después de lo que nos ha dicho, ni usted ni su compañero tendrán jamás ocasión de verlo.

—No sea tan precipitado, Dixon —replicó Connor—. ¿Por qué supone que le he dicho todo eso? Quiero trabajar de acuerdo con ustedes.

—¿Qué puede usted ofrecernos? —preguntó Sandron—. Nos ha dicho hace unos momentos que todo era falso, que no existían los documentos.

—Pero tengo memoria, ¿no es cierto? —dijo Connor—. Aquí mismo, está encerrada una información —añadió al mismo tiempo que se señalaba la frente — que al Departamento de Estado no le agradaría perder. Y estoy dispuesto a venderla a ustedes. Y eso no es todo.

—¿Qué más? —preguntó el italiano Luigi.

—Lo he estado pensando, y he concebido un buen proyecto. Cuando revele los informes que tengo en la cabeza el Departamento de Estado conocerá que ha habido una grieta en su organización. Se sabrá que alguien ha hablado. Alguien que ha de ser Calthorpe… o yo. He aquí mi idea. Borrad del mundo de los vivos a Calthorpe. Y dadle una buena paliza antes de hacerlo. Entonces, todo parecerá indicar que ustedes le obligaron a fuerza de palos a revelar lo que sabe. Déjenme en libertad. Iré en busca del F. B. I. y diré que ustedes nos descubrieron y mataron a Calthorpe, pero que yo pude huir. Podrán ustedes amoratarme un ojos o hacer algo parecido, para que mi relato sea más convincente. Volveré cubierto de gloria… Seré el hombre que intentó descubrir la organización de espionaje. Hablaré mucho acerca de ustedes, necesariamente. Pero diré lo que entre nosotros hayamos convenido. Todo será impresionante, es claro, pero resultará inútil cuando se pretenda utilizarlo para apoderarse de ustedes. Ustedes y sus compañeros podrán trasladar su cuartelillo a la costa occidental, por ejemplo. Y yo reanudaré mi trabajo en Washington… y continuaré facilitándoles informes de gran interés.

Dixon estaba mirando admirativamente a Connor.

—¡Me parece una gran idea! —dijo—. Usted vuelve a su despacho del Departamento de Estado y trabaja para nosotros… Indica a los federales una pista falsa y carga la culpa de la divulgación de las informaciones sobre Calthorpe…, que no podrá negarlo porque no estará vivo.

—Exactamente —replicó Connor—. Si el precio es interesante, claro está.

—No se preocupe por ello —afirmó Dixon—. El jefe fijará el precio. No es tacaño.

Había estado tan fascinado por la conversación, que me había olvidado por completo de Jigs, el negro que estaba apoyado en la pared detrás de mí. Y el hombre recobró el conocimiento con un gemido que pudo ser oído en el vestíbulo.

Dixon se volvió con rapidez.

—¿Qué es eso? —ladró, más que dijo.

Y entonces comenzaron a suceder cosas. Calthorpe se desprendió del asimiento de Sandron y se lanzó contra la mano que sostenía la pistola mientras el espía había abandonado la guardia. Luigi se acercó a todo correr a mi escondite…, corriendo hacia la bala que le disparé. Cayó hacia delante, de cara al suelo cuando se llevaba una mano a la pistola.

Calthorpe y Dixon estaban enzarzados en una refriega motivada por la pistola de Dixon, en tanto que Sandron, que había sacado la suya, estaba observando lo que sucedía y sin decidirse a hacer fuego por temor a herir a su propio compañero. Connor mostró la calidad de su naturaleza al retirarse hasta la mitad de las escaleras y tomando la posición de espectador. Salté sobre el cuerpo de Luigi y me acerqué al campo de batalla; pero Dixon y Calthorpe, que continuaban luchando, no me permitieron ver a Sandron.

Después, Calthorpe puso un pie tras la rodilla de Dixon, y los dos hombres cayeron al suelo. En el mismo instante, la pistola de Sandron vomitó fuego y una bala arrancó yesones de la pared a dos pulgadas de mi oreja. Me dejé caer al suelo y miré por encima de los cuerpos de los dos combatientes con el fin de ver a Sandron; pero Sandron corría escaleras arriba para instalarse en una posición más ventajosa. Nuestras dos pistolas dispararon al mismo tiempo. Ninguno de los dos podíamos errar el tiro a tan corta distancia. Sandron dejó caer lo que tenía en las manos, se dobló hacia delante, se cubrió el vientre con los brazos, se dobló más como sí hubiera sido coceado por una mula, se apoyó en la barandilla y cayó a mis pies. Entretanto, yo estaba arrastrándome por el suelo para recoger con la mano izquierda la pistola que había dejado caer cuando la bala de Sandron me atravesó la parte superior del brazo derecho.

Vi que Connor se agachaba y cogía la pistola de Sandron, que había caído en las escaleras. El traidor la recogía cautamente, como si tuviera miedo a que se le disparase contra la cara. Dejé de buscar la mía, que debía de hallarse en la parte más obscura del vestíbulo, y, a través de los barrotes de hierro que sostenían la barandilla, agarré a Connor de un tobillo y tiré con fuerza. Connor perdió el equilibrio y cayó cuan largo era y cabeza abajo. Pero continuó teniendo la pistola en la gordezuela mano.

Más abajo, los acontecimientos se desenvolvían con rapidez. Dixon se hallaba de nuevo sobre su oponente y tenía la pistola. La había agarrado por el cañón y la levantaba para golpear a Calthorpe en el cráneo. Descargué un puntapié contra la mano que tenía en alto, y la pistola produjo un ruido sordo al chocar contra la puerta de entrada y caer al suelo. Me lancé hacia donde se hallaba para apoderarme de ella. Sí, me lancé lo mismo que un nadador se lanza al mar desde una plataforma. Me separé de tierra y me disparé con la cabeza por delante como si me lanzase al océano. Me hice daño en el brazo derecho al caer y quedar aplastado contra el lugar en que me había hallado un

instante antes. Rodé por tierra, de espaldas a la puerta. Y disparé a mi vez contra él. Cuatro bolas de plomo entraron en su rollizo cuerpo. Se inclinó hacia delante y cayó sobre las escaleras. El mundo había perdido interés para él.

Me puse en pie torpemente. Lo hice a tiempo de ver que Dixon estaba arrodillado en el suelo y tenía entre las piernas el cuerpo del diplomático, a quien descargaba golpe tras golpe en la mandíbula. Calthorpe se había desvanecido ya. Si aquel modo de proceder contra él se prolongaba, terminaría por desvanecerse del mundo para siempre. Cambié de dirección la pistola que tenía en la mano y me adelanté en busca de una ocasión que me permitiera clavar una bala en la cabeza de Dixon sin peligro para el otro hombre. Era ya demasiado tarde cuando vi que Jigs, completamente recobrado de su desvanecimiento, se hallaba entre las sombras y con mi pistola. Disparó. El relámpago de la pólvora pareció producirse en el interior de mi cerebro. Me pareció que caía, caía, caía… La curvada espalda de Dixon se alzaba ante mis ojos. Y luego, todo se ennegreció.

***

Unos coros celestiales sonaban en algún sitio; repentinamente, aquellos coros desentonaron. El ruido que terminaron produciendo fué más parecido al zumbido de la sirena de un remolcador que a un coro. De nuevo reinó el silencio. Después, sonaron unas voces. San Pedro parecía expresar sus dudas respecto a mi derecho a entrar en los cielos.

—¿Es usted Ricky Drayton? —decía y repetía—. ¿Es usted Ricky Drayton?

Abrí los ojos. Alguien había colocado sobre mis párpados algo que pesaba muchas toneladas; pero acerté a abrirlos. Resultó que no era San Pedro quien se hallaba delante de mí, sino un sargento de policía uniformado.

—¿Es usted Ricky Drayton? —volvió a decir.

Su rostro se borraba un poco entre las nubes de pólvora que llenaban la habitación. Intenté sentarme; unas manos fuertes me sostuvieron por la espalda y me ayudaron a hacerlo. La estancia estaba llena de policías. Entre aquellos uniformes, vi un rostro conocido, el rostro cínico, cansado, de Mark Williamson.

—¡Hola, «G-man»! —pude decir débilmente.

Me llevé la mano a la sién, que palpitaba con la misma violencia que si en su interior tuviera alojada una dínamo. La mano se me manchó de sangre cálida.

—La herida no es grave —dijo el sargento—. Vivirá usted.

—¿Y Calthorpe? —pude decir con torpeza.

—También vivirá.

Williamson se adelantó.

—¿Cómo vino usted aquí? —pregunté.

—Transmitimos una llamada por radio cuando descubrimos que la señora Calthorpe y Gregor Vosco habían salido del piso y que usted tampoco estaba en él. La policía nos informó que los había hallado: a Gregor Vosco, muerto, y a la señora Calthorpe, sin conocimiento. Oiga, amigo: parece que emplea usted unos procedimientos un poco rudos, ¿eh?

—¿Qué ha sido de Dixon y Jigs el negro? —pregunté.

El sargento respondió:

—Un par de hombres se los llevaron en un «Cadillac» negro cuando nosotros llegábamos. El conductor del automóvil que llevaba a la señora Calthorpe nos indicó esta dirección. Estaba dispuesto a llevar a usted a la cárcel por asesinato de Gregor Vosco, Drayton; pero el señor Williamson me dijo que había prestado usted un gran servicio público.

—Willy es compañero mío —dije.

—En su lugar, yo no estaría tan seguro, Drayton —dijo Williamson—. ¿Cómo comenzó esta trifulca? ¿Fué por causa de la presencia de usted? Connor ha muerto. ¿Qué significa todo esto?

—No llore por Connor —dije—. Era un verdadero traidor. Cuando hice acto de presencia, estaba intentando vender por dinero a su compañero y a los Estados Unidos. Ha obtenido su merecido.

Calthorpe gimió. Comenzaba a recobrar el conocimiento.

—¿Por qué no nos lleva, a Calthorpe y a mí, donde podamos tener más comodidades que aquí? —pregunté—. Luego, podrán ustedes conocer la historia de lo sucedido Y, Williamson, no proceda rudamente con la señora Calthorpe. Calthorpe está loco por ella, y todavía cree que es una mujer digna…

CAPÍTULO XIII

Cuando Everett Calthorpe y yo nos hallábamos tendidos, uno junto a otro, en sendos y limpios lechos de un hospital, relatamos a la policía la historia completa de lo sucedido. Es decir: fui yo quien habló más, puesto que Everett tropezaba con la dificultad que le presentaba una mandíbula fracturada. Cuando hubimos concluido, Williamson dijo:

—Ustedes dos no pudieron hacer otra cosa que la que hicieron. No podían proceder de otro modo. Pero fué una lástima que aquel granuja, Connor, forzase los acontecimientos. Ahora, Dixon se nos ha escapado de entre las manos, y Luigi, el único que podría decirnos dónde está el jefe ha muerto. No estamos más cerca que en los primeros momentos de destrozar esa organización de espionaje.

Entró una enfermera, que dijo a Williamson y al resto de los presentes que debían marcharse, ya que los pacientes necesitaban descanso. El doctor había realizado una labor espléndida al coserme las heridas del brazo y la frente. La del brazo era una herida que carecía de importancia: la bala había entrado por un lado y salido por el otro sin causar graves desperfectos. Pero me encontraba muy cansado y abrumado, y no experimenté pesar cuando los policías se retiraron. La enfermera corrió las persianas y nos alisó las almohadas y nos dijo que intentásemos dormir.

Cuando volví a despertar, era de noche. Cogí el reloj de pulsera que tenía en la mesita inmediata a la cama, y las luminosas manecillas me dijeron que eran las diez y media. Me sentía completamente descansado. La palpitación de la sien se había detenido y solamente percibía un dolor sordo en el brazo derecho.

Me pregunté qué sería lo que me habría forzado a despertarme tan súbitamente y con todos los sentidos instantáneamente alerta. En el fondo de mi imaginación reposaba la impresión confusa de que había alguna cosa que requería que se le prestase atención con urgencia. Regresé hacia las nieblas del sueño e intenté hallar la respuesta en el subconsciente. Y entonces recordé. Miré a lo largo de la sala, a lo largo de la extensión de blancos lechos, y vi a su final el brillo apagado de una lámpara de mesa. La enfermera de guardia estaba sentada a aquella mesa y hacía unas anotaciones en unas tarjetas blancas.

—¡Enfermera! —dije con voz débil.

La mujer levantó la cabeza, hacia mí y se acercó con un crujido de ropas almidonadas.

—¿Qué sucede? —me dijo—. ¿Tiene dolores?

—¡Mis ropas! —dije con vehemencia—. ¿Dónde están mis ropas?

—No importan —replicó aplacadoramente—. Sus ropas están en lugar seguro. Intente dormir.

—¡Tráigalas! —dije.

—No podrá ponérselas ahora. ¡Intente dormir!

Me senté en el lecho.

—Escuche, enfermera —dije—. No estoy delirando. Ni siquiera me encuentro mareado. Necesito mis ropas. Hay algo…, hay una cosa en uno de los bolsillos… No podré dormir hasta que haya tenido mis ropas… Me acometería la fiebre, o algo parecido… Y entonces, se arrepentiría usted…

—Bien, bien; iré a buscarlas —dijo ella—. Espere un momento.

Salió. Y el silencio de la sala no fué turbado por nada, no siendo por la agitada respiración de Calthorpe y por los gemidos de otro hombre que debía de estar atormentado por una pesadilla febril.

Al cabo de poco tiempo, la enfermera volvió y dejó las ropas en la silla próxima a mí lecho.

—Busque lo que necesite, y luego, ¡por amor de Dios!, vuelva a dormirse y a quedar tranquilo —dijo.

Y regresó a su mesa.

Hallé en el bolso de la chaqueta lo que buscaba: el ejemplar enrollado del periódico dedicado al comercio de sastrería, «The Tailoring Trade Review», que había arrebatado a Paulina Calthorpe en el automóvil. Había una lámpara, con pantalla sobre mi cabeza, y la encendí para repasar la revista.

Había pasado la mitad de las páginas cuando encontré lo que deseaba hallar: unas palabra escritas a lápiz en la parte alta de una de las páginas:

«Póngase en contacto conmigo en la calle de Jones, 106, Harlem.»

Así, pues, aquél era el modo de que se valían los espías de la organización para comunicarse unos con otros: por medio del quiosco de periódicos de Jan Weislo, en Times Square. Y ¿qué mejor procedimiento podría haber? Millares de personas desfilaban diariamente ante aquel quiosco sin suscitar sospechas. Los mensajes podrían ser transmitidos verbalmente o escritos en el interior de periódicos o revistas. Hasta planos y documentos podían pasar de unas manos a otras bajo las barnizadas cubiertas de alguna publicación.

Exactamente en aquel momento, el hombre de la pesadilla exhaló un gemido muy sonoro, se sentó en el lecho, agitó las manos engarfiadas ante el rostro, se retorció y cayó al suelo.

La enfermera se aproximó a él presurosamente y se arrodilló a su lado. Al cabo de unos momentos, se enderezó y corrió a lo largo de la sala para pedir ayuda.

Había llegado mi ocasión. Salté del lecho, me arranqué el grueso pijama del hospital y me puse precipitadamente mis ropas. Me despojé del cabestrillo de que me habían dotado y pude pasar el brazo por la manga de la chaqueta. Había formado un bulto con una de las almohadas y con el pijama, de modo que parecía que había alguien acostado en la cama. La enfermera regresó acompañada de una compañera. Me agaché y me oculté detrás de mi lecho.

Los esfuerzos unidos de las dos enfermeras produjeron el resultado de que el enfermo fuese acostado de nuevo. Después, una de ellas dijo a la otra:

—Creo que convendrá que vaya en busca del doctor Thomas. ¿Quieres quedarte para vigilar a este enfermo hasta mi regreso?

—No puedo. He dejado en mi sala a la señora Rafferty en muy mal estado. Temo que se halle a punto de sufrir uno de sus ataques. Debo volver a su lado inmediatamente.

—Bueno —dijo la primera enfermera—. Creo que ese hombre no sufrirá ningún contratiempo durante el minuto que yo pueda tardar en avisar al doctor. Volveré tan aprisa como sea posible.

***

Mirando por encima del borde de la cama, vi que las dos enfermeras salían Me enderecé y seguí el mismo camino que ellas. Una de ellas se volvió al llegar al pasillo y entró en una de las salas. La otra continuó hasta llegar a un par de puertas de vaivén que al fondo del pasillo había. Cuando las hubo traspuesto, salí de mi escondite y corrí en dirección opuesta a la suya, pero por el mismo pasillo. Había recorrido la mitad del pasillo; hallé una puerta de cristales. Me agaché y me arrastré sobre las manos y las rodillas para pasar ante ella.

No me encontraba muy bien. Una cosa es encontrarse en la cama y hallarse

mejorado, y otra muy distinta el levantarse y caminar. Cuando uno se levanta, las piernas parecen negarse al movimiento. Comprendí que debía de haber perdido mucha sangre aquella mañana, pues la cabeza parecía darme vueltas y más vueltas.

Giré al llegar al final del pasillo, y me hallé ante otro largo corredor de brillante enlosado. Sonaban pasos detrás de mí, por lo que apresuró el mío. Luego, sonó una voz:

—¡Eh, eh!

Rompí a correr. Un enfermero vestido de blanco se presentó en el otro extremo del pasillo y corrió hacia mí. Con la mano izquierda toqué las puertas de un ascensor. Las abrí; entré, cerré y apreté el botón de la planta baja. Cuando pasaba por el quinto piso camino de la parte inferior, concebí una idea. El portero se habría dado cuenta de que me acercaba e intentaría cortarme el paso. Apreté el botón de parada al pasar ante el tercer piso, y el ascensor se detuvo de manera brusca. Abrí las puertas y miré el corredor que se extendía hacia la derecha y la izquierda y que era igual al del piso alto. Pero frente a mí había una estancia llena de armarios. Abrí uno de ellos y encontré un mandilón de enfermero, largo y blanco. Me lo puse sobre el traje y me alejé del ascensor. Debía de haber escaleras en algún sitio; y al dar vuelta a un saliente del pasillo, las encontré.

Las bajé de tres en tres, aun cuando la brusquedad del movimiento volvió a poner en marcha el motor, que vibraba en el interior de mi cabeza. Si el sentido de la orientación no me engañaba, aquellas escaleras conducían lejos del ascensor, lejos de la entrada principal. Así era. En la parte baja hallé un pequeño vestíbulo en el que no había portero. En tal vestíbulo había una puerta que estaba cerrada interiormente. Me acerqué y descorrí los cerrojos. La puerta se abrió hacia el interior y me revelo un patio pequeño limitado por un muro. Una rampa descendente indicaba el lugar por donde eran llevados al aire libre los pacientes que se hallaban instalados en alguna silla de ruedas. Salí y cerré a mis espaldas la puerta.

El muro tenía una altura de alrededor de dos metros y cuarto. No creí que pudiera hallar el medio de escalarlo con un solo brazo, hasta que vi una carretilla de jardinero cargada de hierba cortada y que se hallaba en un rincón. Una vez que me hube puesto en pie sobre ella, pude pasar el brazo izquierdo por encima del muro y hacer un esfuerzo que me llevó al otro lado. Caí sobre pies y manos en la acera que corría por la parte exterior.

Una vocecita que sonaba en mi interior me decía que por qué iba a tomarme tantas molestias cuando una llamada telefónica a Williamson podría servir para que Weislo obtuviera su merecido tan bien como yo mismo pudiera administrárselo. Creo que soy hombre que gusta de hacer las cosas a su modo y manera. ¡Necesitaba obtener una buena historia para Reagan… si quería que la deuda que había contraído en el hotel fuese pagada!

CAPÍTULO XIV

Formando un lío con el blusón, lo arrojé por encima de la tapia. Sabía que me hallaba en algún lugar de Harlem, pero no sabía en cual. Un automóvil pasó a mi lado y lo detuve.

—A Times Square —dije al conductor.

Hice que el automóvil se detuviese en el lado de la plaza opuesto al que

ocupaba el quiosco de periódicos y descendí. Cuando cruzaba la plaza, me sentí ofuscado por la cambiante sucesión de colores resplandecientes de los anuncios de neón. Creo que Times Square es uno de los lugares más espectaculares del mundo que la mano del hombre ha creado. El quiosco estaba todavía abierto. Recordé que estaba abierto casi durante las veinticuatro horas del día, pues las ciudadelas del corazón de Manhattan no duermen nunca; y el quiosco de Weislo es uno de los pocos sitios en que es posible comprar hoy la primera edición del periódico de mañana.

El joven de rostro regordete se hallaba todavía detrás de la mesa. Me incliné sobre ella y le pregunté:

—¿Dónde está tu tío?

—Todavía está enfermo —respondió el muchacho.

—¡Qué diablos ha de estar enfermo! —repliqué—. ¿Dónde está?

El muchacho pareció atemorizarse.

—En casa. Como le he dicho, está enfermo —dijo quejosamente.

—¿Quién te dijo que dieses a aquella señora el ejemplar de «The Tailoring Trade Review» esta mañana?

—¿Qué señora? —preguntó intrigado el muchacho.

—Sabes perfectamente a qué señora me refiero. La que vino esta mañana temprano. Le entregaste un ejemplar especial de esa revista. ¿Por qué?

—Supongo que lo haría porque lo pediría —replicó hoscamente el joven—. Pero ¿quién es usted?

—No importa quién sea. ¿Te dijo Jan Weislo que entregases a aquella señora precisamente aquel ejemplar de la revista?

—Supongamos que fuese cierto. ¿A usted qué le importa?

—Mucho —repliqué—. ¿Dónde está Weislo?

—En su casa.

—¿Dónde vive?

El joven dudó y se preguntó si debería decírmelo… Y en aquel mismo instante, una mano cayó pesadamente sobre mi hombro y una voz sonó junto a mi oído y pronunció mi nombre. Era una voz amenazadora.

—¡Drayton! ¡Cuánto me alegro de encontrarlo!

Me volví con rapidez y vi cerca del mío un rostro de anchos carrillos, piel arrugada y cejas muy pobladas. El hombre llevaba un sombrero hongo y una bufanda blanca.

—¿Quién diablos es usted? —repliqué—. Quienquiera que sea, ¡retire de mi hombro la mano!

El hombre continuó con la mano donde la había colocado.

—Me llamo Morgan —dijo de modo agrio—. Pertenezco a la «Compañía Acme», alquiladoras de automóviles. He ido a su hotel para cobrar el dinero que nos debe, y me dijeron que se ha fugado usted… sin pagar su factura. ¡Me parece que es usted un «fresco», señor Drayton!

Unos dos o tres transeúntes se habían detenido para presenciar la escena. Al cabo de poco tiempo, se formaría un grupo muy numeroso. Pude ver con el rabillo del ojo que un policía iba de un lado para otro moviendo su grueso bastón nocturno. Logré libertarme el hombro de la mano de Morgan, y disparé a éste un puñetazo en la barbilla. Luego, comencé a correr. Oí que el policía lanzaba un grito, y al volver la cabeza durante un corto instante, vi que me perseguía una manada de lobos.

Me introduje en el remolino de la circulación y oí que a mi alrededor chirriaban frenos de automóviles en tanto que cruzaba la plaza. Cuando me hallaba a un metro de la acera, el salvabarros de un automóvil me alcanzó en un muslo y me lanzó contra la alcantarilla; pero me puse en pie

instantáneamente y corrí hacia la entrada al ferrocarril subterráneo perseguido por la multitud. Apenas me detuve para introducir una moneda en la máquina de billetes y pasar el aspa giratoria. Un tren llegaba en aquel momento, y subí a él de un salto. Cuando las puertas automáticas se cerraban, miré al andén. No pude ver al policía, mas sí que una multitud de personas encabezada por Morgan, que llevaba una mano sobre la quijada, hacía irrupción en el andén exactamente en el instante en que el tren se ponía en marcha.

Cuando llegarnos a la Quinta Avenida, me apeé. Creía hallarme fuera del alcance de mis perseguidores. Supuse que me convendría ponerme en contacto con Williamson…, para quien resultaría relativamente fácil la tarea de hallar a Weislo. Y, por otra parte, debía hacerlo con prontitud, antes de que el muchacho que se cuidaba del quiosco de periódicos pudiera informar a Weislo de las preguntas que acerca de él le había planteado. Entregué el billete al portero cuando hube llegado a lo alto de la escalera mecánica, y al mismo tiempo sonó una voz en mi oído:

—¡Venga conmigo!

Me volví. El que había hablado era el policía a quien creí haber dejado en Times Square. Debía de haber llegado con el tiempo justo para tomar el mismo tren que yo, permanecería sentado en el departamento inmediato hasta que me apeé, y… No quise detenerme a discutir en aquella ocasión: corrí. La entrada a la estación estaba atestada de gente, y pude poner una separación de varios metros entre el guardia y yo antes de que él llegase hasta el compacto grupo.

Cuando salí a la Avenida, vi un automóvil que pasaba ante mí a una marcha muy moderada. Salté al estribo y señalé la masa de luces rojas que se encendían en las traseras de los automóviles que iban delante de aquél.

—¡Siga a aquel taxi! —dije al conductor—. ¡El hombre que va dentro me ha robado la cartera!

—Muy bien, amigo —respondió el conductor.

Y comenzó a correr tanto y tan repentinamente, que estuve a punto de caer de donde me hallaba.

—¿Qué automóvil es? —me preguntó a continuación.

Había un automóvil amarillo a dos o trescientos metros delante de nosotros.

—¡Aquél! —respondí a voces—. ¡Aquel maldito automóvil amarillo!

Miré detrás de mí. El policía había saltado a otro vehículo. Me pareció ver en su mano el relámpago de una pistola. Me adelanté por el estribo hasta llegar la parte delantera, abrí la portezuela y me dejé caer en el interior del coche. En el mismo instante en que terminaba de hacerlo, chirriaron los frenos y el vehículo se detuvo casi en contacto con un hombre en cuyo rostro se reflejaba el temor y que había caído a tierra. El conductor dirigía insultos y maldiciones al peatón y le ordenaba que abandonase la carretera. Abrí con sigilo la portezuela inmediata y salté al exterior Al mismo tiempo, el automóvil se ponía de nuevo en marcha, a toda velocidad, en persecución del inocente taxi amarillo, sin que el conductor se diese cuenta de mi desaparición.

No sabía si la maniobra había sido vista por el policía que me seguía; pero no quise correr riesgos. Me introduje por la puerta más cercana, crucé un vestíbulo y me hallaba a mitad de camino del ascensor cuando reconocí el edificio en que había entrado. Era la casa en que vivía Irma Svenson

Entré en el ascensor y cerré la puerta. Un automóvil se detuvo ante el portal y de él descendió el policía, mi perseguidor, que se detuvo en la acera y miró hacia delante y atrás y se rascó la cabeza intrigadamente. Esto me decidió. Apreté el botón del último piso.

No soy hombre supersticioso; pero supongo que cuando el Destino os agarra de la nuca y os arroja acá y allá, lo mejor que puede hacerse es dejarse llevar

por las circunstancias y ver qué sucede. Un encadenamiento de circunstancias me conducía hasta la puerta de Irma Svenson. Por esta razón, creí que debería hacer una visita a la hermosa señora.

La puerta de su residencia estaba frente al ascensor. Salí y me aproximé. Había levantado la mano para oprimir el botón del timbre, cuando la puerta se abrió y me reveló a la hermosa Irma.

Y detrás de ella, estaba Jan Weislo.

CAPÍTULO XV

Me llevé la mano inmediatamente a la pistola; pero Weislo fué más rápido que yo.

Cuando me tuvo encañonado, dijo a Irma:

—¡Regístralo!

Las manos, pequeñas y competentes, de Irma volaron sobre mi traje. Me quitó la pistola que llevaba en uno de los bolsillos y la entregó a Weislo. Weislo hizo un movimiento con la suya y dijo:

—Entre, amigo. ¡Tome parte en la fiesta!

Hice lo que se me ordenaba y me senté en la silla que Weislo me indicó.

—He oído decir que se ha convertido usted en una verdadera molestia engorrosa, señor Drayton —me dijo al mismo tiempo que se sentaba frente a mí—. No me gusta que haya hombres molestos. Es usted más fisgón de lo que conviene a su salud, amigo.

—¿Qué tienes intención de hacer con él? —preguntó Irma.

—No habrá más remedio que «liquidarlo».

Esta fué la respuesta. Weislo hablaba de mí como si yo fuera un insecto que debiera ser exterminado.

Y lo hizo con un tono de voz que hizo que un escalofrío recorriese mi espina dorsal.

Irma asintió, también se mostraba cínicamente fría.

—Creo que es cierto —dijo—. Ese Drayton está de más en el mundo.

—Debería haber sabido desde el primer momento que obraba usted de acuerdo con esos piojosos traidores —dije a Irma.

Weislo sonrió de modo burlón.

—No se dirija reproches, querido Drayton —dijo—. Irma ha entrado a formar parte de nuestra organización hace solamente una hora. Dixon se puso en contacto conmigo después del accidente desgraciado del pobre Connor, y me dijo que la señorita Svenson había insinuado a Sandron en el pasado que disfrutaba de la confianza de Connor. Cuando Connor murió, Dixon pensó que la señorita Svenson podría tener conocimiento de los informes que Connor se proponía comunicarnos.

Y ella me ha asegurado que así es. Todo es cuestión de descifrar algunas notas que Connor le entregó. Esos secretos del Departamento de Estado estarán mañana en mis manos.

—¡Piojoso granuja! —estallé—. ¡Es usted peor que la mayoría de los espías! ¡Ni siquiera roba los informes para entregarlos a alguna nación con cuya tendencia política está identificado! ¡Los roba por dinero! ¡Es usted un violador de secretos, un alcahuete internacional!

Weislo sonrió con entusiasmo.

—Exactamente. Y voy a ganar mucho dinero con ello. No me he metido en

estos asuntos por razones de salud. Drayton… Pero ya hemos hablado demasiado… ¡Levántese!

—¿Qué vas a hacer?

La voz de Irma tenía un filo de temor.

—Este es el piso decimoquinto, ¿verdad? —dijo Weislo. Irma inclinó afirmativamente la cabeza. El hombre grueso continuó—: En ese caso, si el señor Drayton cayese accidentalmente desde una ventana, supongo que no rebotaría. Acérquese a la ventana, amigo Drayton.

Irma se puso en pie.

—¡No lo hagas aquí, Jan! ¿Cómo podré explicarlo a los policías? ¡No olvides que esta es mi casa!

—Hay una explicación muy sencilla —dijo sonriendo Weislo—. Este hombre es periodista, ¿no es cierto? Y tú eras amiga de Connor, ¿verdad? Di a los policías que vino para una interviú, que intentó propasarse, que lo empujaste, que vaciló, y cayó por la ventana…

Estaba ante mí y me apuntaba con la pistola.

—¡Vamos! ¡En marcha! —me ordenó.

***

Me levanté y me encaminé con lentitud hacia la ventana. Entretanto, vi con el rabillo del ojo que Irma se retiraba hacia la puerta. Había en su rostro una extraña expresión que no supe cómo interpretar.

—¡Adelante! —gruñó Weislo.

Entonces observé que Irma cogía un florero que se hallaba sobre la mesa, lo sopesaba y lo arrojaba contra el occipucio de Weislo.

Lo golpeó exactamente detrás de la oreja derecha; Weislo se inclinó hacia delante. Al mismo tiempo, «ladró» la pistola y un proyectil se clavó en la alfombra. Salté adelante y sujeté a Weislo con la mano izquierda. Weislo se estiró y levantó la pistola. Me incliné a un lado y puse en vuelo uno de mis pies; la punta del zapato lo hirió en el codo; la pistola voló de su mano con la celeridad de un aeroplano de reacción a chorro que estableciese un «record».

La seguí con intención de propinarle un nuevo puntapié que la alejase más; pero la voz de Irma me hizo detener:

—¡Calma, Ricky!

Irma había cogido la pistola del suelo y estaba apuntando tranquilamente a Weislo con mano firme.

—Llame a Williamson, Ricky —dijo Irma—. Dígale que tenemos en nuestro poder al jefe de la organización de espionaje.

Me aproximé al teléfono.

—¿Quién he de decirle que es usted, guapa? —pregunté.

Irma me dedicó una sonrisa.

—Me conoce —reconoció—. Dígale que soy el agente 99.

—¿Quiere usted decir que es agente federal y que ha trabajado de acuerdo con Williamson? —pregunté.

—¡Claro que sí! ¡Siga y dígaselo…, antes de que me olvide de ello y le dispare un tiro por perder el tiempo!

CAPÍTULO XVI

Williamson llegó acompañado de una gran cantidad de policías y de

ayudantes que se llevaron a Weislo.

—¿Cómo se las ha arreglado usted para conseguirlo, Irma?

—No ha sido tan difícil —respondió ella—. Como usted me aconsejó, fingí mucho e inicié una comedia para engañar a Frank Connor hace seis meses. Connor me presentó a la mayoría de sus compañeros…, a Sandron entre ellos. Tuve sospechas acerca de Connor desde los primeros momentos.

—También nosotros —la interrumpió Williamson—. Por eso le indicamos a usted que lo vigilase.

—Esperen un minuto —dije—. Si no tenían seguridad respecto a Connor, ¿por qué le encargaron el cumplimiento de aquella misión?

—No pudimos acusarlo de nada en concreto —explicó Williamson—. Era un hombre muy valioso para el Departamento, que no podía permitirse el lujo de proceder contra él mientras careciese de pruebas indiscutibles sobre su culpabilidad. Se le encargó ese trabajo juntamente con Calthorpe para someterlo a prueba. Supusimos que en el caso de que hubiera en él un poco de podredumbre, esa podredumbre se pondría de manifiesto cuando se le encargase del cumplimiento de una misión como la que se le designó. Y así fué. Aunque la cuestión ha tenido un desenlace más dramático que el que habíamos supuesto que tendría —Williamson se volvió en dirección a Irma—. ¿Qué sucedió después de su entrevista con Sandron? —preguntó.

—Le hice algunas insinuaciones respecto a que estaba dispuesta a colaborar con él —dijo Irma—, cuando llegase la ocasión. Y la ocasión llegó esta mañana cuando Frank Connor halló lo que tan merecido tenía Jan Weislo vino inmediatamente a verme, con la esperanza de sacar del fuego algunas de sus castañas, supongo. Le dije que poseía algunos informes que Connor me había comunicado pero que solamente los entregaría al jefe de la organización. Y él me dijo entonces que era el jefe. Y creo que decía la verdad. Después de todo en su quiosco de periódicos se hallaba en un punto en que le era fácil dirigir una organización de espionaje, puesto que podría comunicar lo que quisiese bajo las cubiertas de alguna publicación.

—Creo que es cierto, Irma —dijo Williamson. Y luego se volvió hacia mí—. No sé si darle las gracias o si soltarle una bronca. Drayton —continuó—. El modo como ha metido las narices en todo ha sido a veces muy engorroso para nosotros. Pero nos ha prestado, también, un poco de ayuda.

—Y mi ayuda habría sido mayor y mejor si usted me hubiera revelado toda la verdad desde el primer momento —le recordé—. Debió comunicarme sus sospechas acerca de Connor, el papel que Irma desarrollaba y todo lo demás.

Williamson sonrió de manera desganada.

—Creo que menosprecié su habilidad para seguir la ruta de una historia —dijo.

—Eso me recuerda una cosa —dije—. ¿Ha llegado ya la ocasión de que publique toda la historia en mi periódico?

—¡Adelante con la historia! —me dijo—. Weislo está encarcelado y Dixon y Jigs fueron detenidos hace una hora cerca del muelle. Ha llegado la hora de usted.

Cogí el teléfono de Irma y pedí una conferencia con mi periódico. ¡Oh, hermano, iba a asombrar a todo el mundo! La historia de la desaparición de los diplomáticos, revelada. Y entre tanto, todos mis competidores se hallarían recorriendo el Canadá en busca de una cuadrilla inexistente. El operador de teléfonos me dijo que habría algún retraso y que al cabo de cierto tiempo me avisaría. Cuando me hallaba colocando el receptor en su horquilla, sonó una llamada a la puerta. Irma fué a abrirla, y un policía entró… ¡El mismo policía que me había perseguido desde Times Square!

—Un vecino me ha denunciado que ha habido aquí unos disparos —comenzó diciendo. Pero se interrumpió y abrió la boca al verme la cara—. ¡Usted! —aulló.

Y cruzó la habitación con violencia para caer sobre mí. Williamson lo detuvo poniéndole una mano en el pecho.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—¡Debo detener a ese hombre! —respondió el policía uniformado—. ¡Es una amenaza para la sociedad!

—¿Qué ha hecho? —preguntó Irma.

—Se ha fugado de un hotel sin pagar el hospedaje, ha quedado a deber el importe del alquiler de un automóvil y sus reparaciones, ha entorpecido la circulación de vehículos, ha creado la alarma entre los ciudadanos, ha estado a punto de ocasionar un motín… Eso es todo.

Williamson sonrió de manera burlona.

—Estoy seguro de que habrá alguna explicación para todo eso —dijo—. Entre tanto, me hago responsable de sus actos. Me encargo de lograr que mañana por la mañana vaya al cuartelillo a primera hora para aclarar esa cuestión.

Y mostró sus credenciales al policía, que lo saludó de modo ceremonioso.

—Si usted lo dice, señor Williamson, no tengo nada que oponer a su decisión —respondió el policía, al mismo tiempo que me miraba de modo desconfiado—. Pero estimo que comete usted un gran error. Esa es mi opinión personal.

Williamson pudo reprimir un bostezo.

—Creo que voy a marcharme a dormir —dijo—. He tenido un día muy atrafagado. ¿Viene usted, Drayton?

—Espero la conferencia con Nueva Orleans —le recordé.

Apenas había salido Williamson, cuando comenzó a sonar el timbre del teléfono. Era mi conferencia. Referí íntegramente la historia y pedí hablar con Reagan. Pero antes de hablar con él, le concedí el tiempo necesario para que leyera mi información.

Y se vio obligado a reconocer que era muy buena.

—De nuevo queda usted incluido en nuestra nómina de personal, Drayton —me dijo.

—¡Qué se cree usted eso! —respondí.

—Usted no nos abandonará, ¿verdad? —me preguntó ansiosamente.

—¡Claro que sí! —le respondí—. Los abandonaré… salvo el caso de que me aumenté en veinte dólares la paga semanal.

—¡Eso es un chantaje! —gritó Reagan.

—Sí, lo es —respondí, con dulzura—. ¡Y no se olvide de enviarme telegráficamente el importe de mis gastos!

Colgué el receptor. Sabía que Reagan haría lo que le había dicho. No figura la falsa modestia entre mis padecimientos. Sabía que valía hasta el último céntimo de los que pedía y muchos más.

Me volví para mirar a Irma. Irma había salido de la habitación cuando comencé a hablar por teléfono. Y reapareció cambiada de ropas. Llevaba puesta una bata casera, negra, con encajes blancos. Tenía el cabello suelto sobre los hombros y los ojos lánguidos y medio cerrados.

—¿Tiene usted que marcharse ahora? —murmuró.

—En verdad —respondí, recordando la situación en que me hallaba respecto al hotel— no tengo a dónde ir.

Ella sonrió y se acercó a mí.

—Eso es lo que esperaba —dijo.

FIN

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 345 - M.ª Teresa Sesé.
- PRIMERO SE SUEÑA

Núm. 346 - Corín Tellado.
- LA NOCHE TRAJO UN AMOR

Núm. 347 - A. Pina Cuadrado.
- ○ PAZ EN EL HOGAR

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 241 - Cristina Luján.
- CONDESA ALIXIA

Núm. 242 - M.ª Esperanza Neyra.
- LA GRAN PASIÓN

Núm. 243 - Amparo Lara.
- ○ EL MEJOR RECUERDO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 185 - Amelia Pina de Cuadro.
- MARÍA CRISTINA

Núm. 186 - María Adela Durango.
- EL COLLAR DE ESMERALDAS

Núm. 187 - Laura Tur.
- ○ AMOR INESPERADO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 71 - Enri Claveri.
- DIRECCIÓN PELIGROSA

Núm. 72 - Lia Ramos.
- JUNTO A LA HOGUERA

Núm. 73 - Mary de la Fe.
- ○ POR TODOS LOS CAMINOS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN BISONTE

Núm. 286 - Tex Taylor.
- UN VAQUERO VAGABUNDO

Núm. 287 - Fidel Prado.
- SORPRESA EN LA DIVISORIA

Núm. 288 - Alar Benet.
- ○ CAZADORES DE APACHES

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 29 - Arnold Briggs.
- NARDOS PARA TU VIUDA

Núm. 30 - Karl Medusa.
- YO, ESPÍA

Núm. 31 - Vic Peterson.
- ○ RUMBO A SING-SING

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 150 - Alar Benet.
- BURLANDO A LA MUERTE

Núm. 151 - Red Harland.
- LA COLINA DEL SILENCIO

Núm. 152 - A. Rolcest.
- ○ MUERTOS EN LA SELVA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ALONDRA

Núm. 24 - María Lar.
- CAUTIVADORA

Núm. 25 - Trini de Figueroa.
- CÁTEDRA DE HONOR

Núm. 26 - Sergio Duval.
- ○ SANSÓN Y VERÓNICA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

- Últimos volúmenes aparecidos.
- ○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: **5 ptas.**